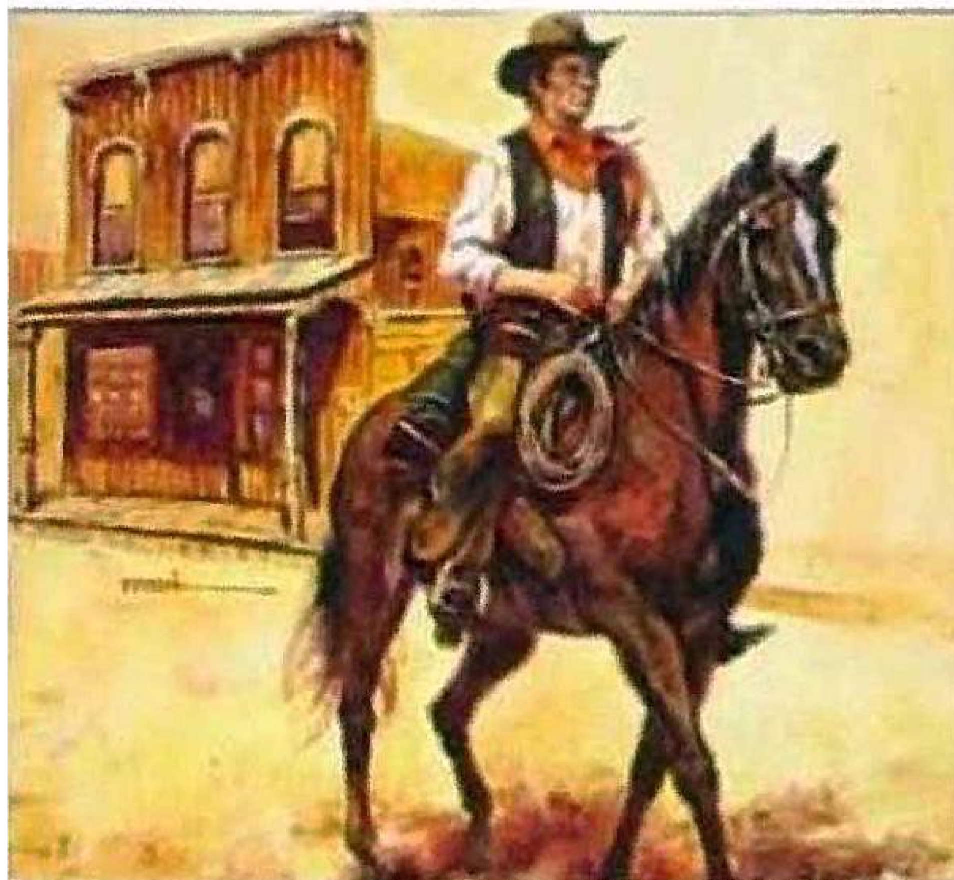
BOLSILIBROS BRUGUERA

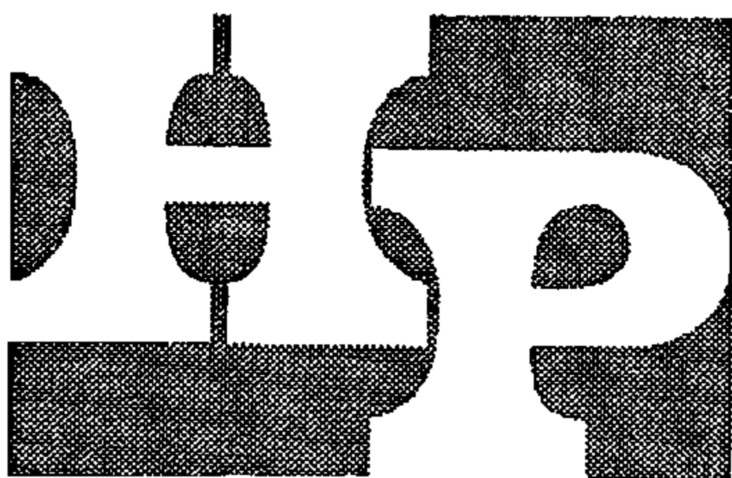
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

MURIO TRES VECES







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

MURIO TRES VECES

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 220
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 152-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: marzo, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Las balas silbaron malignamente y cayeron en forma de lluvia sobre los gigantescos caparazones de tortuga marina desparramados por la explanada de la factoría.

Los enormes caparazones, algunos cercanos al metro y medio de largo, estaban vacíos y desprovistos, en su exterior, de las valiosas escamas de carey. Habían proporcionado a la factoría la riqueza que representaban las escamas, el aceite e incluso la carne, que también se envasaba debidamente. Completamente huecos, esperaban, alineados, el momento de ser empleados como material de desecho.

Sin embargo, el quinto caparazón de la segunda hilera, conforme se iba al almacén, empezó a moverse misteriosamente.

El capataz de la factoría, Warren Kraff, de cara bestial, corpachón de gigantescas proporciones y negro corazón, abrió la descomunal bocaza y rugió:

—¡Debajo de aquella concha, muchachos! ¡No dejen que huya! ¡Fuego a discreción!

Los rifles atronaron el patio en una cerrada descarga.

Los proyectiles pespuntearon los lomos de los caparazones.

Y se fueron concentrando sobre el que comenzaba a moverse cada vez más aprisa.

Warren se dio a todos los infiernos y vociferó:

—¡Va a escapar! ¡Rodeen la explanada por la parte este! ¡Fuego!

Las palabras de Warren fueron cortadas por otro estruendoso coro de rifles.

El caparazón ambulante se levantó poco a poco durante su marcha y por debajo asomaron las manos y los pies del individuo que se escondía dentro.

A nadie le causó extrañeza el fenómeno. No esperaban ver una

tortuga viva porque las conchas pertenecían a galápagos atrapados con el arpón de Las Antillas, muertos hacía mucho tiempo.

Todos sabían que bajo la cascara se ocultaba Timothy Chuggs, un viejo ladrón que limpiaba descaradamente el carey de los almacenes.

Ahora el viejo levantó más la concha sobre sus lomos para correr a más y mejor.

—¡Disparen! ¡Disparen a esas condenadas piernas! —aulló Kraff.

El anciano ladrón contuvo la tanda de balas bajando un momento la concha donde repiquetearon quejumbrosamente.

Luego aprovechó una tregua de cinco segundos para reemprender la fuga, siempre debajo de la coraza del galápago.

Lo Hizo con enorme celeridad.

Primero se dirigió a la parte este y, cuando vio que la retirada estaba cortada por allí, asomó la cabeza y produjo un petardeo burlesco con la lengua.

Oyeron coros de maldiciones y juramentos de los tiradores que arreciaron en los disparos.

Pero ya el anciano ladrón había dado la vuelta y emprendió el camino al patio de desechos, donde los caparazones se contaban por cientos.

Se vio claramente que pretendía camuflarse por aquel lado.

Warren Kraff gritó, casi en un gemido:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Que no se nos cuele allí como la semana pasada! ¡Diez dólares al que lo impida!

Un par de peones a las órdenes de éste, salieron con las armas en ristre dispuestos a cazar al viejo tortuga.

Pero éste les dio el susto, como ocurría siempre que se le estrechaba el cerco.

Levantó el caparazón por detrás y soltó un par de coces a una pila de conchas que perdieron su inmovilidad.

Los dos sujetos vieron, con espanto, que los pesados cascarones se les venían encima y salieron por piernas.

Kraff se ocultó el rostro con las manos al ver que el viejo llegaba al patio de desperdicios, camino ya del despeñadero, su lugar favorito de huida.

—¡Se nos va a escapar esta vez con doscientos dólares de escamas! ¡Hagan algo, por todos los santos!

Un fulano de cara torcida, se lanzó, de pronto, desde un tejadillo y fue a caer delante del anciano ladrón.

Éste, al verse el paso cortado, atrapó una cascara de tortuga de cría y la lanzó con fuerza.

El de la cara torcida recibió el impacto entre los ojos y cayó soltando relinchos de dolor.

Por debajo del cascarón que huía, se oyó una cavernosa risa burlesca, en parte debido a la oquedad.

Kraff alzó las manos y el fuego cesó.

—¿Dónde diablos se ha metido ese viejo bastardo? —gritó.

Todos volvieron la cabeza de un lado a otro, completamente desorientados.

Un renacuajo de dientes salidos se acercó al capataz.

—¡Seguro que está entre las conchas de ese lado! ¡Yo lo vi ahora mismo, pero fue como si desapareciera de mis ojos!

—¡Busquen de una vez, maldición! —masculló el capataz.

Los hombres se concentraron en el patio de desperdicios.

Y empezaron a volver cascarones boca arriba.

Desde el lugar que Kraff ocupaba, parecían enormes cascaras de nuez.

Y, de repente, también tuvo la impresión de que sus hombres jugaban a la nuez, porque un par de ellos gritaron de alegría al descubrir abajo al ladrón.

Sin embargo, el vejete se esfumó como el guisante del juego y reapareció bajo otra cascara para volatilizarse y reaparecer más allá.

Kraff estaba estupefacto, los ojos abiertos de par en par, porque no daba crédito a lo que veía. El condenado ladrón había estado prácticamente entre las manos de sus hombres, justo delante de sus narices. Pero de repente se había convertido en algo invisible.

—¡No está, jefe! —exclamó un grandullón, desolado.

—¡No se lo puede haber tragado la tierra, infiernos!

Pronto el tipejo de los dientes salidos se aproximó, trotando, hacía su jefe.

—Usted lo ha dicho, señor Kraff.

—¿Qué chamullas, Timmy?

Timmy se rascó la pequeña barbilla.

—Se lo ha tragado la tierra. Lo dijo usted, jefe.

—¿Estás bien de la cabeza, desgraciado?

—Sí, jefe. Y usted mismo puede ver el agujero por el que se lo engulló.

Kraff emitió un asombroso respingo, medio encogido.

—¡Te voy a aplastar la cabeza! ¿Dónde está él agujero, condenado?

Ya Timmy trotaba hacia los caparazones apilados en la derecha.

El capataz renqueó tras él, entonando una sarta de espantosos juramentos.

Timmy levantó un pequeño caparazón y puso al descubierto un agujero.

—Por ahí se coló, capataz.

Kraff contempló el agujero con los ojos tan abiertos como el propio boquete.

—¡Animas del infierno! ¡Por ahí se largó!

—¿Qué le dije yo, señor Kraff?

—¡Y probablemente por ahí entró en la factoría!

Timmy asintió con dos cabezadas.

—Ese agujero conduce seguramente a la parte baja del acantilado. Y debe dar a la cueva que hay justo al lado del rompiente porque si usted coloca aquí la oreja, podrá percibir el rumor de las olas.

Kraff se puso a gatas y ladeó la cabezota para escuchar por el orificio.

En vez de rumor de las olas, escuchó claramente:

—¡Warren, cabeza de burro!

Kraff se enderezó dando un tremendo rugido:

—¡Todavía anda por ahí abajo! ¡Bajen al acantilado, muchachos! ¡Y, por todos los santos, procuren atraparlo vivo! ¡Quiero despellejarlo con mis propias manos!

Los hombres de Kraff se pusieron en marcha atropelladamente y se dirigieron hacia las rocas que daban al acantilado.

Kraff señaló el boquete del suelo.

—Tú, Timmy, métete por ahí. Eres bastante delgado para hacerlo.

—¿Yo, jefe? Ni hablar.

—¿Qué demonios…?

—Ese bastardo de Timothy tendrá, seguramente, preparada

alguna trampa, un cohete, un cepo algo desagradable para cubrirse la retirada por este lugar… Eh, ¿por qué me apunta con el Colt jefe?

—¡Entra o te vuelo la cabeza de un pildorazo! —¡No tire!— chilló Timmy, ya metido a medias en el agujero. —Tal vez ganes los quinientos dólares que daré de recompensa por la caza de Timothy Chuggs.

—O quizá me gane un susto —gimió Timmy, mientras desaparecía por el hoyo, lleno de aprensiones.

En eso, un empleado llegó corriendo y exclamó:

—¡Eh, señor Kraff! ¡Tiene visita!

—Diles que vengan mañana a esos tipos de la Comisión de Rifas para los Huérfanos de Rurales.

—No son ésos, jefe. La visita es más seria.

Kraff arrugó las facciones.

—¿Sí? ¿De quién se trata? ¿Del jefe supremo?

—No es el Viejo, capataz.

—¿Quién diablos…? —comenzó a aullar Kraff.

—Es Luke Murray.

Kraff se quedó boquiabierto.

—¿Ese bastardo?

—Sí, jefe. Se ve que hoy no andamos muy bien de suerte.

Kraff emitió un gruñido.

Contempló el agujero del suelo, y a continuación arrastró un pesado caparazón para cubrir la entrada, por si a Timmy se le ocurría rajarse y retrocedía.

—Vamos a ver a ese hijo de perra, Nat.

Nat asintió con la cabeza y echó a andar en pos de su jefe.

Atravesaron la explanada y llegaron al pabellón destinado a oficinas.

En el interior del amplio despacho se veía a un tipo pelirrojo, despatarrado cómodamente en un sillón.

Detrás del sillón se veían dos sujetos de rostro siniestro, como si se encargaran de guardar las espaldas del pelirrojo.

Warren Kraff hizo una mueca.

—Os he dicho cien veces que no quiero veros por la factoría, Luke.

El aludido se inclinó para lanzar un salivazo y luego se colocó un cigarro habano en la comisura de la boca.

—He acudido para pedir el aumento que me prometiste, Warren.

—Todavía no tengo la autorización del Viejo.

—No, ¿eh?

—El viejo está al caer. Dijo que vendría a principios de esta semana. Entonces será el momento de hablar del aumento de sueldo.

Luke asintió dando un gruñido.

—Muy bien, Warren. Entonces dejaremos de trabajar hasta que recibamos la nueva paga.

Warren soltó un gemido.

—Por todos los diablos, Luke. No puedes hacer eso.

—Lo siento, Warren.

—¡Precisamente ahora que los competidores están tratando de vender el carey! ¡Tenéis que impedirlo o nos hundirán!

—Te refieres a esas cortezas que sacáis de los caparazones de las tortugas, ¿eh?

—¿Sí? Luke. Cada día hay más demanda de esa sustancia. Los manufactureros del Este no paran de fabricar bisutería, joyas, objetos, de adorno, monturas para anteojos, piezas para laboratorios, incluso para el ejército. Infiernos, esa sustancia maleable, transparente, es el material del siglo, ¿entendéis? Y el tipo que se relacione con el mercado del carey será rico. Ya estamos vendiendo a veinte dólares la libra.

—Pero la bajaréis de precio cuando los tipejos de la costa puedan vender libremente.

—Vosotros lo impediréis, Luke. Tenéis que hacerlo.

Luke sonrió, agregando:

—En cuanto esos tipos puedan llevar el carey a lugares más seguros, vuestros compradores preferirán el de ellos, en vez del vuestro. Tendréis que bajar los precios. Y vais a perder miles de dólares.

—Sí, señor —gruño Warren, con los ojos fijos en el pistolero.

—¿Y no es mejor aumentar un pellizco a estos pobres muchachos que se juegan la piel por vuestro negocio, Warren? Míralos, muchacho. —Luke Murray apuntó a los dos sujetos tras el sillón—. Fíjate y los verás ojerosos, cansados. Están hechos polvo de tanto vigilar los caminos de la costa. Tratan de impedir que vuestros competidores vendan por bajo mano. Y cuando alguno lo consigue,

allí están éstos y otros muchachos dispuestos a pegar el susto a los compradores y a enseñarles que es mejor que compren en vuestra factoría. Así ganáis el dinero cómodamente, mientras los chicos se dejan la salud por esos andurriales. Míralos, Warren, míralos. Fíjate en Pat y verás qué mal color de cara tiene. Va al frente de los chicos que cubren el turno de la noche. Tiene el frío de la costa metido en los huesos, el salobre del mar en las tripas. Pero a él no le importa, mientras os ayuda a llevar el negocio. Mira cómo tose el pobre.

El llamado Pat se encogió, tosiendo dos veces secamente. Warren abrió y cerró la boca furiosamente.

De buena gana habría enviado al diablo a Luke Murray y sus muchachos.

Sin embargo, sacudió la cabeza y rezongó:

—Bien, os daré quinientos dólares para repartir hasta que se me autorice vuestro aumento.

—No hemos venido a pedir limosna, Warren.

—Bueno, serán seiscientos y basta por hoy.

Luke suspiró, señalando a Martin, el que estaba a la derecha del tipo llamado Pat.

—Fíjate en Martin. Es padre de familia. Tiene seis hijos con una mexicana y sólo la puede ver cada, dos meses. Tiene que enviar dinero a casa para alimentar siete bocas.

—Diga mejor nueve, jefe —carraspeó el llamado Martin—. Rosario tiene también a sus padres con ella.

—Rectifico Warren. El muchacho tiene nueve bocas que alimentar. ¿Crees que con cien dólares que cobra tiene bastante?

—El *sheriff*&e Costa City cobra setenta y cinco.

—Pero es soltero —replicó Luke—. Conque Martin debe tener su aumento o se raja, ¿verdad, chico?

—Prefiero trabajar en las minas de carbón, jefe.

Warren soltó una maldición, lleno de cólera.

—¡Muy bien! ¡Os daré mil dólares y no se hable más!

Luke movió la boca de un lado a otro.

—Bien —suspiró—. Lo dejaremos en mil…, por hoy.

Warren se dirigió al cuadro del presidente, lo apartó y detrás apareció la puerta de una caja fuerte.

Se interpuso en la visual de los visitantes para que no vieran la combinación y, tras un breve trabajo con el disco y la puerta, se dio

la vuelta con una bolsa en la mano.

La arrojó a Luke, quien sólo tuvo que levantar la mano derecha y la cazó, dando un bostezo.

—Gracias, Warren. Eres todo un tipo.

Éste sacudió un dedo cerca de la cara del pistolero pelirrojo.

—¡Escucha bien, Luke! ¡Tenéis que parar los pies a esos pescadores de tortugas que hay más al este! ¡No quiero que vendan ni una sola escama de carey o juro que os rebajo el sueldo para siempre!

Luke guiñó un ojo.

—Déjalo en nuestras manos.

—Y no estará de más que tratéis de atrapar también a ese viejo bastardo de Timothy Chuggs.

—No años dedicamos a atrapar ratones, Warren.

—Ese anciano bastardo se nos llevó hoy nada menos que doscientos dólares de carey empaquetado. ¡Se está convirtiendo en un peligro y en un elemento desmoralizador para mis hombres! No es concebible que un viejo solitario entre impunemente en nuestra factoría, se burle en nuestras mismísimas narices y, además, nos robe semanalmente un centenar de dólares en material.

—Trataremos de servírtelo en bandeja.

—Así me gusta, Luke.

—Pero el cadáver del viejo te costará otros mil dólares.

Warren fue a protestar con violentas maldiciones, pero se detuvo cuando apareció una expresión vengativa en su rostro.

—Os daré los mil. A condición de que lo traigáis vivo.

—Trato hecho, Warren. Ya puedes ir preparando esos otros mil.

Warren estrechó la mano de Luke.

Luego, Luke y sus dos hombres, Pat y Martin, salieron del despacho.

Warren quedó un momento solo y una sonrisa se abrió paso en su ancho rostro.

Se frotó las manos. Pensaba lo importante que sería que Luke Murray y sus muchachos resolvieran el problema de los competidores, ahora que el dueño de la factoría estaba a punto de llegar.

No sólo rendiría el grato mensaje ante el dueño de que los competidores en el asunto del carey estaban acabados, sino que

también le informaría que el viejo Timothy había pasado a la categoría de momia.

Nat, el ayudante de Warren, entró en el despacho.

—Jefe —dijo—. Por la sonrisita que le veo, usted debe estar pensando en el momento que agarremos al bastardo de Timothy.

Warren amplió más la sonrisa.

—No te equivoques, Nat. Una de las cosas que cocinaba en mi sesera era la captura de ese ladrón.

—Parece ser que los chicos le han rodeado en el sector de las cuevas del rompiente.

—¿De veras?

—Hoy sí que lo atrapamos.

Warren lanzó una risotada.

—Estoy rezando para que me lo traigan vivo, canastos.

—Ya tendrá usted proyectado un buen espectáculo con el pequeño abuelo, ¿eh?

Los ojos de Narren se redujeron a un par de rendijas, y por la tercera ranura, su boca, dejó escapar unas escalofriantes palabras.

—He jurado que le coceré dentro de uno de esos cascarones con los que nos burló tantas veces.

Nat tragó saliva.

—Demonios, jefe. Será cosa digna de ver cuando lo atemos dentro de un cascarón, encendamos fuego por abajo y lo veamos cocinarse en su propia salsa, como si fuera dentro de una cacerola.

—Eso haré, Nat. Y no es por sadismo. Palabra. Es para que corra la noticia y que todo el mundo sepa que madre se ríe de la Factoría Place.

—El señor Place se alegrará de que usted tome esas enérgicas medidas. La gente abusa de nosotros porque somos demasiado buenos. ¿Sabe que Henry Loyd vendió doscientas libras de carey y las pasó por delante de las narices de Luke Murray y sus hombres?

—Sí, Nat. Me enteré ayer por boca del mismo Luke. Pero con un aumento de sueldo que le acabo de hacer, Murray se avivará más para que las cosas marchen bien. Va a desencadenar una ofensiva por todo lo alto y nadie pasará una onza de carey. Excepto nosotros.

Nat rió, coreando a su capataz.

En eso, dejaron de reír al escuchar un estruendo en la entrada.

Warren echó mano al Colt y corrió en aquella dirección.

Todavía pudo ver que cuatro de sus hombres peleaban con dos desconocidos.

—¡Maldición! —gritó Warren—. ¿Qué pasa aquí?

Los dos visitantes se movieron como centellas en medio del grupo de hombres de la factoría.

Como resultado, un tipo salió por el aire, chillando, y cayó lejos.

Otros dos salieron impelidos por sendos mazazos y se derrumbaron para quedar exánimes.

El cuarto dio un brinco y se puso en fuga.

Warren Kraff se quedó con la boca abierta mirando a los dos desconocidos.

Uno era rubio, de buena planta, largos brazos y anchos hombros. Tenía una sonrisa simpática, de dientes blancos y bien parejos.

El compañero era un gigantón moreno, bien proporcionado, cuyo rostro parecía esculpido a martillo. No sonreía.

—Su gente no es nada amable, señor Kraff —dijo.

Warren volvió en sí, incrédulo de que aquellos dos hombres hubieran derribado a tres de la plantilla, poniendo a un cuarto en fuga.

—¿Quién diablos son ustedes? —masculló—. ¡Contesten antes de que le dé gusto al dedo!

El moreno chascó la lengua.

—Sería todo un error, señor Kraff. Usted le daría al dedo, pero ya se habría tragado una bala.

Warren trasmudó el rostro de rabia y alzó el Colt.

Entonces, el moreno y el rubio mostraron sendos revólveres en las diestras como si hubieran crecido allí por arte de magia.

—¿Decía algo, señor Kraff? —inquirió el joven moreno.

CAPÍTULO II

Kraff abatió el revólver, sin perder la mueca de cólera, que en realidad fue en aumento, torciendo sus irregulares acciones.

—Hablen antes de que se vean una lluvia de balas encima, amigos.

—¿Sí? —Ladeó la cabeza el tipo moreno.

—Ya bajé el revólver. Pero mis hombres se reorganizan al otro lado y no tardarán en vaciar sus armas, visitantes.

—Si cometieran ese error, usted sería el primero en recibir un balazo en la cabeza, señor Warren.

Warren sacudió ésta, alelado por las sorprendentes palabras.

—¿De qué barro están hechos ustedes, condenación? —gritó con un gallo en la voz.

El moreno carraspeó:

—Mi nombre es Jim Tudor.

—Jim Tudor, ¿eh? Juro que no lo olvidaré, porque quiero grabarlo en su tumba dentro de un rato.

El moreno Jim suspiró como si se armara de paciencia.

—Usted lo único que grabará será la pared con su cara como yo empiece a enfadarme, señor Kraff.

—¿Gallitos, eh? Hombre, son la clase de tipos que me hacen la vida feliz.

Jim Tudor sacudió la cabeza.

—Mi socio se llama Frank Caster. Y cuando Frank y yo nos irritamos, empedramos el suelo de cráneos tan duros como el suyo, señor Kraff.

Éste abrió la bocaza y, cerrando los ojos, estalló en un rugido a sus hombres afuera del patio.

—¡Ásenlos a la menor ocasión, muchachos! ¡Paga doble al que lo

consiga!

Hubo un fulano cargado de deudas que se echó adelante, sacando un arma a espaldas de los dos recién llegados.

El rubio bostezó e hizo un disparo al desgaire. • El resultado fue que el tipo endeudado perdió el arma porque se la había arrebatado el proyectil del rubio.

Sin embargo seguía corriendo, a pesar de que se veía la mano vacía.

Y como consiguió frenar su carrera cerca del rubio, éste le soltó un trallazo de derecha.

El golpeado reculó, pero no regresó por el mismo camino sino que se estrelló sobre un caparazón que adornaba la entrada y se quedó empotrado en el hueco.

Warren enfundó el Colt, que no le servía de nada, se dio masaje con ambas manos en las sienes, pero al mirar a los dos sujetos, moreno y rubio, no se sintió mejor.

—Bueno, nunca habíamos sufrido un asalto a mano armada. Pero alguna vez tenía que ser.

El moreno, Jim Tudor, entornó los ojos.

—Si vuelve a llamarnos asaltantes, le haré escupir los dientes de arriba.

—¿Quiere decir que esto no es un atraco, Jim Tudor?

—No, señor Kraff.

—Infiernos.

—Habríamos entrado en la factoría pacíficamente.

—¿Sí, Tudor?

—Pero los vigilantes de la puerta se empeñaron en darnos un disgusto y, naturalmente, tuvimos que defendemos.

Warren parpadeó.

—¡Ustedes entraron a pesar de los vigilantes…! ¡Estoy quedándome tieso de sorpresa!

—Nosotros nunca abandonamos un propósito, señor Kraff. Y el nuestro era entrar en la factoría para hablar con usted.

Kraff iluminó el rostro como si acabara de comprender.

—¡Diablos! ¡Ya caigo! ¡Yacaigo!

—¿Sí? —dijo Jim Tudor.

—¡Ustedes armaron todo esto a propósito para demostrarme que valían!

—¿Qué dice, señor Warren?

—¡Está claro como el agua! ¡Ustedes saben que necesito gente de agallas en la factoría y quisieron hacerme una demostración antes de pedirme un puesto! ¡Muy bueno! ¡Muy bien!

Jim Tudor entrecerró los ojos, como perplejo.

—Está metiendo la pata, señor Kraff.

—¿Eh?

—Nosotros no venimos a pedirle trabajo.

Kraff tosió varias veces, hecho un lío.

—Un momento, ustedes no vienen a asaltarnos.

—No.

—No vienen a pedir trabajo.

—No.

Kraff tragó aire, y rugió:

—¡Entonces, digan, por todos los diablos, a qué vienen!

—A comprar carey.

—Ah, ya —gruñó Kraff. Pero de repente pegó un salto y abrió los ojos de par en par—. ¡Repita eso, Tudor!

Jim resolló pacientemente.

—Venimos a comprar carey, señor Kraff.

Warren se quedó boqueante.

—¿A comprar?

—Sí, Kraff. A por un cargamento de carey.

—Maldita sea mi estampa. Ya está claro. Ustedes dijeron a los vigilantes que venían a por diez dólares de carey. Por eso ellos los quisieron arrojar a patadas, porque no vendemos al por menor.

—Está claro que hoy no es su día, señor Kraff —suspiró el moreno, Jim Tudor—. No da una en el clavo.

—¿No venían a comprar carey al por menor?

—Atienda bien de una vez, señor Kraff. Desde que aparecimos mi socio Frank Caster y yo por estos andurriales, sus hombres no nos han dejado explicarnos. Y usted, tampoco. Con que atienda de una vez y déjenos hacer la oferta.

—Hablen, muchachos.

Jim cambió una mirada con su socio Frank Caster, pero se dirigió al capataz:

Queremos que nos venda quinientas libras de carey. Kraff gruñó, pero ahora convertido en una especie de mole de granito.

Echó a andar, pero estaba tan envarado que lo hizo con los dos pies avanzando a saltitos hacía una mesa ratona llena de botellas.

Alargó una mano, tomó una botella y se sirvió un largo trago, directamente del gollete del frasco.

Al retirarlo, chascó la lengua y dijo:

—Repítanlo otra vez pues ya estoy preparado para las grandes sorpresas.

—Qué latoso es usted, señor Kraff —resolló ahora el rubio, Frank Caster—. Mi socio ha tratado de decirle, hace rato, que queremos llevarnos carey. Quinientas libras de carey.

—¡Pero eso vale mil dólares! —chilló Kraff.

—Sólo siete mil quinientos, señor Kraff —siguió diciendo el rubio—. Eso es lo que vamos a pagar por las quinientas libras de carey. Y no diez mil, señor Kraff.

—¿Quieren seguir la broma diciéndome que disponen de siete mil y pico de machacantes? ¿Ustedes que se ven en la ruina?

Él rubio se arrancó un pedazo de manga que le colgaba a flecos y tiró el trozo en la escupidera.

—Llevamos esta indumentaria porque es nuestra ropa de trabajo. Nosotros mismos somos los que conduciremos el carey. No dije nada, infiernos. Soy un bocazas. Un deslenguado. Ahora enséñeme el color de los billetes y olvidemos nuestros rencores.

Jim Tudor tomó ahora la palabra con un suave carraspeo.

—La verdad es que no disponemos ahora de esa cantidad.

Kraff emitió un gemido.

—Si ya me lo estaba temiendo… Me lo repetía para mi capote y todavía no lo creía… ¡Lárguense por donde vinieron…!

—Un momento, señor Kraff —dijo Jim Tudor.

—¡Si no hay plata no hay carey!

—El dinero está en el banco de Costa City.

—¡No me vengan con historias sentimentales…! —Kraff se detuvo dando un respingo—. ¿Han dicho que el dinero está en el banco del pueblo?

—Sí, señor Kraff.

—Oiga, Tudor. Nadie le tomó jamás el pelo a Warren Kraff. Nadie, lo hizo, puedo asegurarlo. El que lo hizo ya está en estado de esqueleto.

—Lo creemos, señor Kraff.

—Por eso les advierto que si es una broma, aún tienen tiempo de arrepentirse.

Jim Tudor mostró un papel del banco de Houston.

—Lea, si sabe, señor Kraff. Depositamos esa cantidad en el banco de Houston para que la trasladaran al de Costa City. Seguramente nuestro dinero ya está en el pueblo.

—Eso cambia las cosas —dijo Kraff, los ojos brillantes como dos escarabajos.

—Bueno, pues ordene que carguen en nuestro carromato las quinientas libras de carey y bebamos unas copas para cerrar el trato.

Kraff se masajeó el mentón.

—Lo haremos dentro de veinticuatro horas, señores.

—¿Sí? —dijo Jim.

—No dispongo tampoco de tanta cantidad de carey.

El rubio intervino, dando un suspiro:

—¿Qué te dije, Jini? No es tan importante ésta factoría como para que nos sirvan quinientas libras de escamas de tortuga marina.

—¿Quién dice eso? —rugió Kraff—. ¡Dentro de unas horas los cargueros llegarán con los suficientes caparazones y podré servirles el pedido!

Jim Tudor asintió, conteniendo la réplica del rubio con un ademán.

—De acuerdo, Kraff. Esperaremos.

Kraff lanzó una risotada.

—Sospecho que ustedes trabajan para un tercero, ¿eh, muchachos?

—No se equivoca —dijo Tudor, ceñudo.

—Pues yo les haré un precio especial para que puedan celebrar el negocio con un par de pelirrojas. —Kraff guiñó un ojo—. ¿Qué les parece?

Jim esbozó una sonrisa.

—Usted tiene cara de bastardo. Pero no es culpa suya. En el fondo, se le ve buen tipo.

Kraff asimiló lentamente las palabras de Tudor. Pero finalmente le dieran risa porque lanzó una estruendosa carcajada.

—¡Qué grandes son ustedes, muchachos! ¡Lástima que estén empleados, porque en la factoría harían carrera!

—Guárdenos dos puestos para cuando nos jubilemos —replicó Jim Tudor, y, aunque no era muy ingenioso lo que había acabado de decir, Warren Kraff se desternilló.

Dejó de reír en seco, al escuchar una serie de disparos.

—¡Mil demonios! ¿Qué es eso?

Nat, el ayudante, llegó pegando brincos.

—¡Jefe! ¡Los muchachos atraparon al viejo Timothy!

—¡Quita allá, bocazas!

—¡Lo juro, jefe! ¡Mírelos llegando por el patio con el prisionero!

Kraff se asomó a la ventana y vio a sus hombres, en comitiva, dando leñazos al viejo, a quien habían cazado, echándole un saco por la cabeza.

El prisionero lanzaba berridos de angustia, pero los hombres de Kraff lo ponían en marcha a empujones.

Éste lanzó la carcajada y se volvió hacia los dos visitantes.

—Ya les veo la extrañeza pintada en el rostro, señores. Pero se trata de un viejo ladrón que mis hombres han capturado. Canastos, bien mirado parece que ustedes me han traído hoy la suerte.

—Ya lo puede decir —replicó Jim—. Le haremos una compra de quinientas libras de carey, lo que no es moco de pavo.

Warren estaba demasiado entusiasmado con la caza del viejo al responder:

—Dispensen un momento, amigos —dijo a Jim y a Frank.

Salió al patio.

Los hombres dieron un envión al prisionero que cayó a los pies de Warren.

El vejete se debatía dentro del saco, por debajo del cual sólo asomaban las piernas.

El dentudo Timmy, el que se había colado por el agujero, se aproximó hacia el capataz, lleno de excitación:

—¡Yo lo agarré, jefe! ¡Lo atrapé con mis manitas!

—Enhorabuena Timmy —dijo Kraff con respeto—. Tendrás tu recompensa.

—¡Los chicos me ayudaron! ¡Pero cayó dentro de mi saco jefe! ¡Déme un abrazo! ¡Soy un macho! ¡Un macho! ¡Abráceme!

—De mil amores, pillastre —sonrió Kraff, y sacudió dos palmadas en la espada de Timmy que lo hicieron toser.

El chico se repuso de la tos y rió.

—Lo más bueno es que el tipo intentó engatusarme cuando lo tenía dentro del saco.

—¿Sí, eh? Ya las pagará todas juntas este granuja.

—Como lo atrapé en el interior de la cueva, me dijo que él no era el viejo Timothy.

—Infiernos, ya tiene desvergüenza este pájaro. Pero lo vamos a cocer tal como juré. ¡Traigan el caparazón que nos servirá de olla y lo cocinaremos aquí mismo!

—… Y no se le ocurrió otra cosa que decir que él era el *sheriff*, y no Timothy. ¿No es para partirse?

—¡Ya lo creo! —se desternilló Kraff.

Pero un secreto pensamiento le golpeó en el cogote y lo dejó muy serio.

—¿Dijo que era el…?

—El *sheriff*. Eso dijo que era. Para partirse, jefe.

Warren Kraff no se reía ahora.

Tiró del saco con brusquedad y el prisionero quedó al descubierto.

De repente se hizo un súbito silencio.

Warren Kraff agrandó los ojos al ver al capturado, y los globos de los ojos le rodaron como dos dados dentro de un cubilete.

—¡*Sheriff*! —gritó en un alarido.

El *sheriff* de Costa City, un sujeto de unos cincuenta años, cara avinagrada y ojos enloquecidos, abrió y cerró la boca tratando de hablar, pero había sido muy maltratado y no le era fácil.

Por fin soltó un grito:

—¡Kraff…! ¡Lo tengo que encarecer por esto…!

—*Sheriff*. —Warren se apresuró a limpiarle el polvo a sacudidas —. Nos hemos confundido… Ha sido una metedura de pata de ese bastardo de Timmy… No sabe cómo lo lamentamos…

—¡Ya lo lamentarán de veras! —aulló el de la placa, que ya había recuperado su vigor, aunque se le veía bastante maltrecho—. ¡Los voy a encarcelar a todos! ¡Me las pagarán, infiernos!

—¿Qué hacía usted en la cueva?

El *sheriff* enseñó los dientes.

—¡Quise colaborar con ustedes para capturar al ladrón! ¡Pero estos estúpidos cayeron sobre mí! ¡Timmy lo hizo!

—Eso lo arreglo yo, *sheriff*. —Kraff soltó la diestra y cazó a

Timmy con un mazazo en la boca que lo levantó dos palmos del suelo.

Cuando caía, lo recogió con un gancho y lo redujo al estado de pingajo al estrellarlo contra la columna del porche.

Timmy quedó coleando en el suelo, emitiendo débiles gemidos.

El *sheriff* iba a emprenderla de nuevo con el capataz, pero al ver a los dos visitantes, se quedó alelado:

—¡Tudor! ¡Caster!

Kraff intentó sonreír.

—¿Los conoce, *sheriff*?.

—¡Claro que los conozco, demonios! ¡Armaron un alboroto en el saloon de Freddy, justamente anoche, y no han pagado los ciento cincuenta dólares de daños!

Jim Tudor avanzó, mientras emitía una tosecilla.

—*Sheriff* —dijo—. Usted debe ser más imparcial y reconocer que aquellos tipos del saloon era unos envidiosos cuando mi socio y yo acaparamos a las dos bellas disponibles.

—¡Tudor…! —El *sheriff* sacudió un dedo amenazador ante Jim —. ¡Sólo me faltaban ustedes después de lo que me acaba de ocurrir!

Warren intervino, carraspeando:

—Eh, *sheriff*. Estos dos señores son mis clientes. Con que yo respondo por ellos.

—¿Clientes de la factoría? —exclamó el *sheriff*—. ¡De modo que vienen a comprar carey!

—Sí, *sheriff* —sonrió Tudor.

Éste hizo una mueca maligna.

—Me gustaría saber con qué dinero lo harán. Anoche llevaban tres dólares por todo capital.

—Pero en el banco hay orden para entregarnos ocho mil dólares, *sheriff* —dijo Jim Tudor.

—Investigaré sobre eso —gruñó la autoridad de Costa City—. Y si es cierto, les obligaré a pagar los daños del saloon de Freddy. Y respecto a usted, Kraff…

—Diga, *sheriff*, diga…

—¡Me quejaré al señor Place de lo que acaban de hacerme! ¡Y ya sabe que él y yo somos carne y uña!

Kraff se humedeció los labios.

—*Sheriff*, insisto en que fue por error.

El aludido emitió un gruñido y dio media vuelta, alejándose.

Jim sacudió la cabeza.

—Es un buen hombre, capataz. Y estuvo muy feo lo que hicieron con él.

Kraff soltó un gruñido.

—Tiene mucha influencia con el patrón. Y si quiere, puede ponerme a maltraer con el jefe. Demonios, rectifico lo que dije antes. Lo único bueno que me han traído ustedes dos ha sido la oferta de esas quinientas libras de carey.

—Que no ha de tardar en reunir o lamentaremos tener que adquirirlas en otro lugar.

Kraff suspiró, masajeándose el mentón.

—No les conviene, señores. Si compran aquí, tendrán todas las garantías de llegar con el cargamento entero a su destino. Mis propios hombres les protegerán hasta que salgan de Costa City. Pero si compran a otros tipejos de poca monta, es posible que tengan dificultades con ciertos forajidos que pululan por los acantilados. Me refiero a un tal Luke Murray. Un pájaro peligroso.

—El que se cruzó con nosotros al salir de aquí, señor Kraff —dijo Jim.

Kraff acusó el golpe. Por fin tosió varias veces y asintió.

—Ese bastardo es Tudor. Venía a chantajearme. Pero sabe que yo domino en esta cuestión y ya lo vieron salir con el rabo entre piernas.

—Y también contando billetes —agregó Jim.

Kraff enrojeció y después de toser, dijo:

—Bueno, vengan más tarde a ver si he reunido todo su pedido.

—Hasta luego, Kraff —dijo Jim Tudor—. Pero no podremos esperar demasiado, ¿entendido?

Y antes de que Kraff respondiera, Jim y Frank tomaron el camino de la salida.

Kraff rió entre dientes.

—Bueno, no es mal negocio, a pesar del día tan negro que llevo, infiernos…

—Se interrumpió al escuchar gritos.

Nat llegó corriendo.

—¡Jefe! ¡Otra vez el viejo-tortuga! ¡Está ahora en los porches!

Warren Kraff abrió la bocaza de par en par y rugió:

—¡Fuego a discreción!

Y tomando un rifle salió corriendo a través del patio, mientras sonaban los primeros estampidos.

CAPÍTULO III

Las olas rompían con estruendo contra las rocas de la costa y, de cuando en cuando, las salpicaduras alcanzaban a Jim y a su socio Frank.

Frank chascó la lengua y dijo:

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo entre estas piedras.

Jim dejó de contemplar el mar.

—Un tipo nos mandó un mensaje, donde decía que ganaríamos un buen pellizco si acudíamos aquí. Y nunca me gusta defraudar a los que confían en mí, Frank.

—Yo me largaría, muchacho. No sé si la portorriqueña me estará esperando todavía. Y no me gusta dar el esquinazo a las chicas.

—Tendremos tiempo de ocuparnos de ese tema cuando hayamos hecho este negocio…

Frank notó que Jim se había interrumpido bruscamente.

En un pestañeo, el Colt apareció en su diestra.

—¿Qué pasa, Jim?

Jim tenía los ojos fijos entre dos rocas.

—Infiernos, una tortuga.

Frank dio un respingo, porque el galápago habría pasado por muchas dificultades hasta ganar las rocas de aquella altura.

—Parece increíble, Jim.

—Sigue siéndolo, aunque lo vemos.

La tortuga se uso en movimiento.

Carecía de cabeza y ello no era lo más notable, pues tampoco se le veían patas ni rabo.

El rubio Frank iba a correr en su persecución, pero se quedó de muestra al ver que el animal acudía hacia donde estaban ellos.

El caparazón llegó ante los dos perplejos hombres y se enderezó de repente.

—Buenos días, muchachos —dijo una voz cascada, desde dentro.

Frank dio un respingo y boqueó, apuntando con el arma la concha.

Jim tampoco creía en tortugas parlantes.

Conque la atrapó y le dio la vuelta.

De dentro surgió un vejete de unos sesenta años, de ojillos saltones y expresión simiesca, que reía como un ave rara de los países del sur.

Entornó el ojo derecho y apuntó con un dedo sarmentoso al joven moreno, sin dejar de reír.

—¿Les asusté, hijos?

—Ahora me da más miedo —gruñó el rubio—. ¿Cómo salió de su jaula, abuelete?

El anciano rió a más y mejor.

—No soy el loco del pueblo, muchachos.

—Ya —dijo Jim Tudor—. Lo que pasa es que empinó el codo le da por hacer estas travesuras, ¿eh, abuelo?

—Mi nombre es Timothy Chuggs.

Frank dio un respingo y apoyó la mano en el brazo de Jim.

—¿Has oído? —sonrió, divertido—. Es el viejo ladrón de la Factoría Place.

Jim miró ceñudo al viejo.

—Conque ésas tenemos, ¿eh?

—Me explicaré, muchachos…

—Usted les birló doscientos dólares de carey a esos tipos de la Factoría Place, abuelo. Pero debe saber que ya toman medidas para hacerle un sarcófago.

El viejo rió dando brincos, con las manos sujetando el vientre.

—¡Si ya he dado más de cincuenta golpes en la factoría y no me ha pasado nada, hijos!

—Pero lo atraparán, tarde o temprano —dijo Jim.

—Poseo un amuleto indio que me protege de los bastardos de ésa factoría.

—¿Sí? Pues espero que no sea un amuleto muy grande, porque tendrá que tragárselo, abuelo. ¿Sabe que han ofrecido mil dólares por sus huesos?

—¡Infiernos! ¿De veras? Casi estoy por venderme a Warren a mitad de precio.

—Abuelo —dijo Jim—. Le veo tomarse a pitorreo este asunto tan serio.

—No temo a Warren ni a ninguno de sus sicarios.

—Pues piensan cocerlo en su propio jugo, Timothy.

Éste hizo un gesto burlesco con la pierna y luego quedó sentado sobre la concha de tortuga.

—Hablemos de negocios, muchachos.

—¿Ha dicho negocios? —Ladeó Jim la cabeza.

—Concretamente, del carey.

Jim alzó la ceja derecha.

—Ya veo claro. Usted fue el que nos citó en este lugar.

—Sí, señor.

—Y seguro que intenta colocarnos alguna partida del carey robado.

—Sí, señor. Jim chascó la lengua.

—Lo siento, abuelo. Aunque parezca increíble a causa de nuestro aspecto, Frank y yo no compramos nada robado.

El viejo hizo una mueca rabiosa.

—¡Aunque les robe a esos granujas durante cien años, nunca quedarán en paz conmigo!

Jim pestañeó.

—De modo que se trata de una venganza. ¿Ellos le hicieron algo?

El vejete estaba ahora muy serio, los ojillos llameantes.

—Yo tenía un secadero de pulpos allá arriba.

ˆDonde se levanta la factoría, ¿eh?

—Sí, señor Tudor.

—¿Qué pasó? ¿Lo arrojaron de allí?

El vejo pegó una rabiosa patada en el suelo.

—¡El secadero era mío! ¡Tenía un documento de venta que me extendió, el indio Vitorio cuando dominaba estas costas!

—Siga.

—Todo ese terreno de arriba me pertenecía. Y debo agregar que pagué al indio el doble de lo que le ofrecían los agentes del gobierno. De eso hace diez años.

—Adelante.

—El terreno pasó a mis manos y monté mi secadero. Viví muchos años felices. Pero, de repente, un día llegaron esos puercos de la factoría. Lo primero que hicieron fue sacar a mis empleados a punta de revólver. Mataron a más de una docena. Luego, implantaron allí la factoría.

—Recurrió a las autoridades porque su rabieta me lo dice.

—Sí, señor Tudor. Pero el juez fue untado debidamente por el más bastardo de los bastardos, o sea, Bernard Place. Y el resultado fue que me lanzaron judicialmente del acantilado, invalidando la escritura de Vitorio.

—No es el primer caso el suyo, abuelo.

—Pero yo no me dejo robar impunemente, ¿lo oyen, muchachos? Con que abrí una cuenta en una libreta. Allí voy anotando lo que puedo agarrar del material de la factoría hasta que queden cumplidos los cinco mil dólares en que se tasó mi terreno. ¿Es justo o no es justo?

—Aparentemente. Pero se ganará un balazo en la cresta el día menos pensado.

—Ya veremos —escupió fanfarronamente al agua el viejo Timothy.

Jim emitió una tosecilla.

—¿Nos citó aquí sólo para hablarnos de su asunto, abuelo? Porque supongo que usted fue el que escribió aquel mensaje al hotel Galápagos.

—Yo fui. Es cierto. Pero no los he citado para calentarles la cabeza con mi problema, porque yo tengo bastantes agallas para resolverlo a mi modo.

—Vaya, abuelo. Ya van quedando pocos como usted.

—Sí, Tudor. Y si todos tuvieran los hígados que tengo yo para plantar cara a esos forajidos, no sería necesario que recabaran la ayuda de ustedes.

—¿De nosotros? —Frunció el entrecejo—. ¿Quiere explicarnos, abuelo?

Timothy tosió un par de veces y, para cortar el acceso de tos, sacó un frasco de *whisky* y se largó un trago de respeto.

Se limpió la boca con el pingajo que le servía de manga derecha y guardó el frasco.

—Vengo en nombre de los demás pescadores de tortugas.

Jim y Frank cruzaron una mirada.

—Siga —dijo Jim.

El vejete volvió a calmarse la tos con otro trago.

—Ellos quieren ofrecerles el carey de la mejor calidad al mejor precio.

—¿A cuánto, Timothy?

—A diez dólares la libra.

—¿A cinco dólares más barato de lo que nos ofrece Warren Kraff?

—Sí, señor Tudor.

—Canastos, será cosa de verlo, ¿eh, Frank?

El rubio sonrió.

—Ya podemos cancelar nuestro compromiso con la Factoría Place, Jim.

El vejete agregó, ceñudo:

—¿Sabe que Warren impedirá, por todos los medios, que su cargamento llegue a buen destino?

Jim asintió.

—Nos dijo, con medias palabras, que un tal Luke Murray nos robaría la mercancía. Y dio la casualidad de que nos cruzamos con el tal Murray en la misma puerta del negocio.

—Ahí lo tienen, muchachos. Luke Murray es realmente un forajido al servicio de Factoría Place. Su misión es hundir la clientela de los demás pescadores hasta reducirla a cero. Ahora mismo los rivales de la Factoría Place están tan atestados de escamas de carey que no saben dónde meterlas. Y se mueren de inanición, vulgo hambre.

—Ya —dijo Jim—. Y ¿cómo es que se fijaron en nosotros, abuelo?

El vejete sonrió con dos dientes que le colgaban.

—Se corrió la voz de lo peleones que eran. Alguien les vio en el saloon de Freddy e informó a los pescadores de tortugas que dos tipos con agallas andaban comprando carey. Con que pensaron que ustedes era los hombres que esperaban. Los que no temerían a Luke Murray, si podían comprar a buen precio.

Jim sonrió.

—¿Sabe una cosa, abuelo?

—Si usted no me la dice, no la puedo saber. O de otro modo, me

ganaría la vida como profeta/

—Pues que compraremos esa mercancía a esos pescadores desposeídos de la fortuna.

—¿A pesar de Luke Murray, muchachos? Es un tipo peor que el demonio.

—A pesar de ese tipo…

Sonó un estampido.

La bala aulló con cuatro tonalidades distintas, a medida que repiqueteaba en las paredes de roca.

Jim y Frank se dieron vuelta.

Pero una voz ronca sonó desde un lado de las rocas:

—¡No lo intenten!

Jim dio un codazo a Frank para que abandonara.

Tres tipos bajaban como simios por entre los peñascos, en dirección a ellos.

Pero comprendió su desaparición cuando vio al caparazón que se largaba a brincos acompasados.

Jim se encaró con el tipo de barbas que iba en cabeza del trío.

—¿Qué venden ustedes, compadres?

El barbudo, cuyos ojos relucían como los de un demonio, lanzó un salivazo sesgado.

—Venimos en plan de regalo, míster.

—Vaya —dijo Jim—. Eso siempre viene bien. ¦ —Somos los hombres de Murray.

Jim entornó los ojos, fingiendo recordar.

—¿Murray? ¿Lawrence Murray, el vendedor de excremento de caballo para abono?

El barbudo apretó los maxilares, a juzgar por la elevación de su barba.

—No. Nuestro jefe es Luke Murray. Y por hacerse el tonto, ya puede apuntarse una bala en el codo. Uno de los regalos.

Jim suspiró, fatigado.

—Bueno, ¿qué quieren ustedes, muchachos?

—Advertirles que no pacten con los demás pescadores de tortugas, amigos. Acabamos de ver al viejo Timothy. Y también lo hemos oído gracias a la oquedad de esta muralla de rocas. Por eso sabemos que intenta jugársela a la Factoría Place.

—Está feo escuchar conversaciones ajenas, Barbas.

—Pero como yo soy un tipo mal educado, además de escuchar, me meto en ellas. Olvide lo que oyó del viejo Timothy.

—Son cosas inolvidables, Barbas.

—Para que empiece a quitárselas de la cabeza, lo primero que haremos será agarrar al viejo y tirarlo abajo para que se estrelle contra las rocas.

—No está mal el aperitivo, Barbas.

—Y acto seguido, se largarán al hotel y esperarán a que el señor Kraff les avise de que su cargamento ya está a punto. ¿Verdad que nos ponemos en razón?

—Sí, señor.

El Barbas pareció sonreír, porque se le abrió un hueco y mostró unos dientes amarillentos.

—Bueno, siendo así, dejaremos los regalos de plomo para otros tipos menos comprensivos. ¡Eh, chicos! ¡Tirad abajo el viejo!

Los dos sujetos llegaron al caparazón y le dieron vuelta.

Lo arrojaron por el acantilado.

Se escuchó un alarido infrahumano que partía de la garganta de Timothy.

Los tres forajidos miraron abajo, perplejos, porque seguramente el viejo había bajado muy rápido, sin verlo.

Pero Jim y Frank vieron que otra concha corría más allá.

Uno de los forajidos se dio cuenta y fue a empujar el segundo caparazón, donde Timothy se escondía ahora.

Pero de repente, Jim saltó y le sacudió un mazazo en la boca.

El tipo chilló y cayó sentado.

—¡Maldición! —rugió el Barbas.

Y echó mano al revólver.

—¡No lo hagas, Barbas! —dijo Jim.

Pero el tipo era de los que no se detenían a pensar, y aulló:

—¡Fuego!

Sus dos compinches dispararon a la vez.

Jim y Frank saltaron tras las rocas que tenían a su alcance y el plomo pasó por encima de ellos, sin tocarlos de puro milagro.

Jim hizo fuego y el Barbas dio un grito.

Al notar el plomo en el cuerpo, el barbudo trató de huir del despeñadero para no irse abajo y que todo quedara en un balazo en el hígado, perfectamente curable.

Pero se le fue el pie y cayó trompicando contra las rocas y dejando parte de su persona en los picos.

El de que estaba al lado del Barbas consiguió echarse atrás y no caer.

Pero ya llevaba un plomo que le había mandado el rubio Frank y murió al borde del abismo.

El tipo que había recibido el castañazo en la boca, escupió sangre y gritó:

—¡No tiren!

Jim apretó los maxilares.

—De acuerdo, hijo. Pero no habrán más oportunidades. Conque lárgate en quince segundos.

Al tipo le sobraban todavía cinco segundos porque trepó como un simio y, en un pestañeo, desapareció de la vista, piedra arriba.

Timothy llegó bajo su concha.

—¿Qué han hecho, demonios? ¡Esos disparos atraerán a la gentuza de Warren!

—No hubo más remedio que darles la ración, abuelete.

—¡Pero éste no es mi terreno! ¡Aquí me darán caza enseguida! ¡Tengo que huir!

—Hágalo, Timothy.

El viejo asintió.

—A las tres en el Pico del Marino —dijo precipitadamente—. Estarán todos reunidos en la choza de Henry Loyd.

—De acuerdo, Timothy.

El viejo lanzó un respingo mirando hacia arriba.

—¡Los hombres de Warren Kraff!

Y levantando la concha sobre su cabeza para poder mover las piernas con ligereza, partió del acantilado convertido en un cohete.

Jim alzó el rostro y vio tres sombras por encima de ellos.

Pero sólo eran tres buitres marinos atraídos por el olor a muerto.

Frank les dio un susto enviando tres balas que les arrancaron plumas.

A continuación, los dos socios abandonaron el acantilado, dejando a sus espaldas el acompasado chocar de las olas contra los rompientes.

CAPÍTULO IV

Jim y Frank llegaron a Costa City.

Iban camino del hotel cuando alguien les arrojó un clavel desde una ventana.

Los dos socios alzaron los rostros y vieron la rubia más hermosa de la temporada.

Ella les sonrió asomándose más y provocando sendos respingos de estupefacción a los dos socios, porque la chica puso de manifiesto unos encantos increíbles.

Jim y Frank fueron a entrar por la estrecha puerta y se dieron un trompicón.

—Eh, un momento, Frank. Sólo uno puede acompañar a esa belleza. Y seguro que quiere a un hombre moreno porque ella es rubia y aprecia el contraste.

—Lo echaremos a suerte, Jim.

—¿Con la moneda de dos caras que llevas siempre? No, gracias.

Frank hizo una mueca.

Se hurgó un bolsillo y sacó una moneda.

—Ésta es buena. Mírala, Jim.

Éste se aseguró dando un gruñido.

El rubio Frank lanzó la moneda al aire.

Por si acaso, Jim pidió cara.

La moneda cayó al suelo.

Cruz.

Frank palmeó el hombro de Jim.

—Lo siento, muchacho. Pero la suerte es mía. Ya te contaré.

El otro asintió con un gruñido.

Se dio vuelta, pero de repente se detuvo, mirando la moneda.

La tomó y vio que tenía dos cruces.

Corrió hacia la puerta, pero ya era tarde, porque el rubio la cerró en sus narices.

Jim apretó los labios y siguió camino del hotel.

Tropezó con alguien y vio que era el *sheriff*.

—¡Tudor!

—Hola, *sheriff*. No me hable porque me acaban de timar con el truco más viejo de la historia.

El de la placa entornó los ojos.

—He investigado acerca de esa misteriosa transferencia que esperaban ustedes.

—¿Sí?

—Y he comprobado que es mentira.

Jim frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que dice, autoridad?

—La transferencia del banco va a nombre de un tal Gordon Yale. Es la única que se ha recibido en esta semana.

—Está bien, *sheriff*. Gordon Yate es el hombre que nos encargó el trabajo.

—El trabajo de comprar carey en Costa City, ¿eh?

—SU *sheriff*.

La autoridad se masajeó el mentón.

—Todavía dudo si me estará colocando un cuento, Tudor.

—Usted es muy suspicaz, *sheriff*. ¿Tiene algo de raro que un hombre nos encargue esa compra?

—No sé…

—Si Costa City fuera una ciudad regida por la ley, no haría falta que un hombre como Gordon Yale encargara a dos tipos con agallas que lo compraran.

El *sheriff* enrojeció.

—¡Tudor…! ¡No le consiento…!

—No se excite. Le preparo un trabajo.

—¿Cómo?

—¿Conoce el desfiladero a milla y media de la Factoría Place?

—No soy forastero, Tudor.

—Pues allí encontrará dos cadáveres desparramados entre las rocas.

—¿Qué…? —Respingó el *sheriff*.

—Defensa propia.

—¡No! —gimió la autoridad, tapándose los oídos.

—Los tipos nos atacaron sin previo aviso y tuvimos que darles su merecido.

—¿Tienes testigos?

—Un tal Timothy Chuggs. Pregúntele.

El de la estrella se encogió dando un respingo.

Cuando abrió los ojos, meneó la cabeza alocadamente de un lado a otro porque estaba solo.

Jim se había colado en el hotel y pasaba ante el registro.

El chico del hotel, un pelirrojo de unos veinte años, le salió al paso con los ojos muy abiertos por la admiración.

—¡Déjeme verlo bien, señor Tudor!

Jim hizo una mueca.

—Eh, Jerry. No estoy de buen humor.

—Pues yo, en su lugar, bailaría como Mojinsky, ese tipo que pega saltos al son de La Muerte del Cisne.

—Jerry.

—En su cuarto hay una mujer.

—¿Eh?

—Por eso lo miraba ahora como si fuera un fenómeno. Demonios, ¿qué les da, señor Tudor?

—No estoy para bromas, Jerry. ¿Conoces al señor Caster?

—Sí. El rubio.

—Pues me ganó una rubia con el truco de la moneda de dos cruces. Ala que vive sobre la droguería.

Jerry alargó el cuello y rió burlescamente.

Dejó de hacerlo al ver la dura mirada de Jim.

—Eh, no se enfade. Mejor suerte tiene usted. ¿Sabe que la morena de arriba es algo sensacional? Ríase de la rubia.

—Otra vez con eso, ¿eh?

—Oiga, no me diga que no la conoce. La chica se llegó por acá y preguntó por usted. Dijo que venía desde muy lejos para verle. ¡Y qué maravilla, señor Tudor! Cintura de cuarenta centímetros, busto de noventa y caderas de noventa y uno. Además, tiene una clase bárbara, señor Tudor. Oiga. ¿Eso lo consigue a base de cara o es que usa algún fetiche como patas de conejo o similares?

Jim alargó el brazo, pero el chico se le escurrió pegando un chillido.

A continuación, ascendió las escaleras. Llegó al cuarto diecisiete y abrió.

Vio que el chico del registro no había mentido.

Allí dentro estaba la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Lanzó una mirada al número del cuarto, pero vio que no se había equivocado.

Luego, contempló a la morena, mientras cerraba lentamente la puerta a sus espaldas.

La chica se había dormido en el diván, probablemente de tanto esperar.

O tal vez fingía.

Pero Jim pensó seguirle la corriente porque, así tendida, estaba como para no creérselo.

El joven se arremangó un poco y se dispuso a tomarla en brazos con sumo cuidado.

Pensaba llevarla a la cama porque así estaría más cómoda y no se le dormirían las piernas de tenerlas encogidas en el diván.

La levantó en vilo y notó que ella estaba, efectivamente, dormida.

La chica sonrió, porque creía volar por las nubes, y susurró:

—Cariño… Tengo frío.

—Ya estoy aquí, pequeña. Ahora el tío te tapará para que estés bien abrigada.

Mientras cruzaba la estancia, Jim estaba por bailar por su buena suerte.

Como ella le echó los brazos instintivamente al cuello, Jim hizo lo que debía hacer.

La besó.

Y entonces ella despertó.

Miró a Jim y, de repente, pegó un chillido. Pataleó.

—¿Quién es usted? ¡Suélteme!

Jim la dejó de pie.

—Eh, nena. Soy yo. Jim Tudor. El tipo por el que preguntaste abajo.

La chica retrocedió, arreglándose el vestido y echando fuego por los ojos.

—¿Qué clase de fresco es usted, señor Tudor?

—Eh, ¿qué cambiazo es éste? Primero me llamas «cariño» y, cuando te llevo a ponerte cómoda, me echas los brazos al cuello.

—¿Eso hice? —Respingó la muchacha.

—Palabra, nena. Estabas muy cariñosa así, dormidita. ¿Qué te ocurre?

La muchacha apretó los labios.

—Quería verle a usted, señor Tudor. Pero me dormí y soñé con otra persona.

—Demonios, me está haciendo polvo.

—¿Qué se creía usted, señor Tudor?

—Nada de «señor Tudor». Jim a secas, y volvamos donde nos interrumpimos, que yo te haré olvidar al tipo ese de las pesadillas.

La chica retrocedió antes de que las manos del joven la cazaran.

—Un momento, señor Tudor. Usted se ha equivocado.

—Vamos, nena. Ya sé que soy el primer amor de tu vida.

—Soy una mujer honrada, señor Tudor.

—¿Y quién menciona eso ahora pequeña?

—Atienda de una vez, fresco. Soy la secretaria de Gordon Yale. ¿Me entiende ya?

Jim se detuvo en seco.

—¿Cómo?

—Lo oyó perfectamente. El señor Yale me encargó que viniera en su nombre.

Jim sacudió la cabeza paró encajar las ideas.

—Un momento. ¿La envía el señor Yale?

—Aquí tiene carta de su puño y letra. El señor Yale tuvo que renunciar al viaje porque su esposa dio a luz una niña inopinadamente.

—Canastos. Si se casó hace seis meses.

—Aquí tiene la carta y la credencial para retirar los fondos del banco y pagar sus compras de carey. El señor Yale le enviará un telegrama para pasarle instrucciones. ¿Dónde está la mercancía?

—No la tenemos todavía en nuestro poder.

La muchacha se volvió bruscamente.

—¿No la tiene aún, señor Tudor? Usted se comprometió a conseguir el campamento. Le prometió al señor Yale que lo habría obtenido por estas fechas.

Jim emitió una seca tosecilla.

—Tuvimos ciertas dificultades antes de llegar aquí. Eso nos retrasó, secretaria.

—Dificultades, ¿eh?

—Un par de tormentas que nos agarraron durante el camino —dijo Jim por decir algo, ya que se trataba de dos mexicanas que les interrumpieron el viaje y que verdaderamente eran dos ciclones.

—Escuche, señor. Tudor —dijo la bella acercándose, lo cual no disgustó a éste—. Usted le aseguró al señor Yale la compra de ese carey a pesar de las dificultades que encontraran. El señor Yale les encargó el trabajo porque tenía oído que usted y su socio, el señor Caster, eran dos hombres capaces de todo. Y ahora resulta que se demoran por un par de tormentas.

—No hace falta que se suba a la parra, preciosa.

—Mi nombre es Eva Lee. Con que llámeme «señorita Lee», señor Tudor.

Jim resolló pacientemente.

—De acuerdo, «señorita Lee». Conseguiré hoy mismo el carey. Ahora, qué te parece si te llamo «Eva», y hablamos de nosotros dos.

—¿De usted y de mí?

—Ajá.

—No tenemos nada de que hablar, señor Tudor. He venido a este lugar, perdido en el mapa, para ver si usted cumple su parte. Con que limítese a su trabajo o perderá los mil dólares que les ofreció el señor Yale.

—¿Sabe una cosa, señorita Lee?

—Sígala.

—Pues que compadezco a ese tipo con el que soñaba. Usted tiene un carácter de mil diablos.

—Y usted una cara tan dura como los caparazones de las tortugas. Adiós.

Jim fue a detenerla.

Pero ella le cerró la puerta en las narices.

Hizo una mueca maldiciendo su mala suerte.

Y en eso sonaron unos golpes en la puerta.

Jim dio un salto y sonrió porque intuía que era Eva que venía a pedirle disculpas, lo cual abriría una brecha en las relaciones.

Jim abrió de un tirón.

La mujer estaba allí.

Pero no era Eva Lee.

Era la pelirroja del saloon de Freddy.

La muchacha dejó de sonreír al ver la cara de Jim.

—Eh, ¿soy algún fantasma?

—Casi, casi, Lily.

—Pues anoche me decías que yo era un cielo.

—Jamás digo esas majaderías.

—Bueno, querías decir eso en tu versión a lo bruto.

—Pensándolo bien, vales para alegrarme un poco.

—Sé cada chiste… —Entra.

Jim se apartó de la puerta dando vueltas en su cabeza acerca de lo versátil que era la suerte. Lily cerró y bajó la persiana. Luego dijo entre las sombras:

—Uff… Hace un calor… Jim gruñó dándole la razón. No estaba de buen humor.

CAPÍTULO V

En la Factoría Place reinaba una intensa actividad. Se debía a la llegada de El Halcón, el más importante velero de la factoría.

En El Halcón había llegado Bernard Place. El Viejo, como lo llamaban Warren Kraff y los muchachos. Y «el bastardo hijo de mulo loco de Place», como era mencionado por todos los pescadores de tortugas gracias al viejo Timothy, que sabía rebautizar bien a la gente.

Bernard Place frisaría en los cuarenta años, era moreno, de ojos negros como dos esquirlas de carbón, anchóte de hombros y cuello de buey. Poseía dos hileras de blancos dientes que podían doblar clavos.

Ahora, justamente, los enseñaba al acabar de escuchar las novedades que le había comunicado su capataz Warren Kraff.

Warren respiró porque había informado de un tirón y se quedó a la expectativa.

—Bueno, jefe. Déme su opinión.

Bernard Place se echó atrás en el asiento.

Clavó los negros ojos en su capataz y le mostró más dientes.

—Conque quiere saber mi opinión sobre la forma que has llevado este asunto de las quinientas libras de carey, ¿eh, Warren?

—Sí, Viejo… Quiero decir, sí, jefe.

Bernard Place entornó los párpados.

—Eres un bestia.

El capataz frunció el entrecejo.

—¿Eh?

—Eres un adoquín. Un pedazo de alcornoque. Un cabeza de bacalao.

—¡Jefe!

—Querías mi opinión, ¿no?

—¡Pero, señor Place! ¡Yo he hecho todo lo que ha estado en mi mano!

—Me dan ganas de echarte la mano al cuello y sacarte un palmo de lengua, mamarracho.

—¡Señor Place! —Warren se puso en pie violentamente.

Bernard continuó en su asiento, siempre enseñando sus fuertes piezas dentarias.

—Y ya puedes dar gracias a que he llegado de la pesca de la tortuga muy a tiempo. Que si llego tarde, juro que te rompo todos los huesos del cuerpo, sesos de mosquito.

—¡Pero, jefe, yo he hecho las cosas lo mejor que he sabido! ¡Les di carrete a esos tipos! ¡Les prometí entregarles las quinientas libras de carey cuando me asegurara de que efectivamente tienen dinero en el banco! ¡Y lo tienen, jefe! ¡Lo tienen!

—Pero no dispuesto para nosotros.

—¿Cómo?

—Atiende, pedazo de animal.

—Hable, jefe.

—Esos tipos han venido a Costa City con la idea fija de adquirirlo a nuestros competidores. A ese coro de viejas asustadas que pescan las tortugas de una en una. A esos tipos que no pueden dar salida a sus escasas mercancías y son capaces de vender a cualquier precio.

—¡Pero si Jim Tudor y Frank Caster estuvieron precisamente donde está usted pidiéndome quinientas libras de carey! ¡Los chicos pueden decirlo!

—Sólo metieron las narices aquí para tantear el terreno, estúpido.

_¿Eh?

—Sólo querían saber qué infiernos pasaba en la factoría. Pero apenas salieron de aquí se fueron de cabeza a pactar con nuestros competidores. Eso es lo que hicieron.

—Maldición.

Bernard Place cruzó las piernas repantigándose.

—Lo único que ellos querían era embaucarte, que te confiaras, mientras ellos compraban cómodamente a esos tipejos de la costa, ¿comprendes?

—No puedo asimilarlo, jefe. Y le juro que le doy vueltas al asunto.

—Está claro como la luz del día, cerebro petrificado. Vienen de parte de un tal Gordon Yale… —¡Gordon Yale!

—No me interrumpas, infiernos. Gordon Yale había sido nuestro cliente hasta ahora. Pero lo hacía obligado porque, si no compraba a nosotros, corría el peligro de quedarse pasando la mano por la pared. Bueno, el tal Gordon Yale debió encontrar a estos dos agalludos y les ha ofrecido un premio si compran a los demás pescadores de tortugas. Me refiero a Henry Loyd y demás. Con que estos dos «matasietes» se han llegado aquí escupiendo por el colmillo y con la intención de sacar el carey en grandes cantidades y a precios rematados ante nuestras narices. —¡Qué inmoralidad, jefe!

—¿Te percatas, melón? Cuando Jim Tudor y Caster consigan sacarlo ante nuestras narices, entonces los compradores del Este habrán creído llegado el momento de apretarnos en el precio. Aducirán que se puede sacar carey de otros puntos de la costa sólo con contratar a gente con redaños.

—¡Luke Murray y los chicos les enseñarán que no es así! Warren chascó la lengua.

—Desgraciadamente, esa pareja de aventureros, me refiero al rubio y al moreno, han conseguido una primera victoria tumbando a dos de los hombres de Luke y poniendo en fuga a un tercero, que fue la irrisión de los tipos de la costa que le vieron chillar de espanto.

—Condenado me vea, jefe. ¡Me está hirviendo la sangre!

—A mí ya me hirvió de verte tan papanatas, tan confiado, tan infantil.

¿Crees que esos dos pájaros iban a venir por aquí a llevarse quinientas libras de carey cuando podíamos servirlas por correo? Cualquier día me dirás que has visto enanitos debajo de la cama como sigas tan cándido, Warren.

No tengo malicia, ¡jefe! ¡Sé meter en cintura a cien hombres Soy capaz de sacarles los huesos del cuerpo si no cumplen con la faena! Pero no soy un tipo dado a las matemáticas. ¡No comprendo ciertas jugadas!

Bernard Place suspiró roncamente.

Te salva esa sinceridad, infiernos. Ya sé que vales tu peso en oro, se refiere a sacar el jugo a un equipo de vagos. Pero pareces un petardo en asuntos de diplomacia.

Warren parecía querer llorar.

—Y diga, jefe, ¿cómo diablos ha podido enterarse de todo el cotarro estando en alta mar?

Bernard guiñó un ojo, riendo.

—Eso —dijo— no lo sabrás jamás, muchacho.

—¡Demonios! Alguien debió de ponerle al corriente con palomas mensajeras o algo parecido para que usted haya sacado esas conclusiones.

—Olfato, Warren. Sólo olfato. Y ya verás cómo acierto en toda la línea.

—Por ahora, ha dado en toda la yema del asunto, patrón.

—Lo que se impone es un escarmiento en gran escala, Warren. El grandullón capataz se frotó las manos.

—Yo iba a mencionar ese tema, pero no lo hice por si usted me achacaba el querer hacer todo a lo bruto.

—Esta vez hay que dar dentelladas, ¿comprendes?

—Avisaré a Murray. Le diré que se encargue de esos dos fulanos. Pero que no envíe a tipos sin especializar, sino que les mande un trío que sean hachas con el Ce.

Bernard emitió un pequeño mugido de aprobación.

—Será mejor otra cosa. Warren.

—Sí, jefe.

—Jim Tudor y Frank Caster se reunirán esta tarde en el Pico del Marino.

—¡En casa de Henry Loyd!

—Sí. Muchacho. Probablemente hablaran con todos los pescadores de tortugas para encontrar un medio de burlamos, de aplastar nuestro negocio.

—¡Infiernos, que se me caigan todos los dientes si no organizo una masacre por todo lo alto!

Bernard emitió una carcajada.

—Así me gusta verte, Warren. Irritado. Cuando tienes toda la presión en la maquinaria, sirves de maravilla.

Warren pegó un puñetazo en la mesa.

—¡También destacaré unos cuantos muchachos que necesito con

las armas para que arrasen los dominios de Henry Loyd el único modo de matar muchos pájaros de una sola rociada!

—Lo que hay que hacer es pegar duro, Warren.

—Sí, jefe.

—Para ilustrarte lo que digo, mira hacia el patio.

Warren lo hizo.

Vio que acababan de descender la carga de tortugas.

Pero lo que le llamó más la atención fue un ejemplar de dimensiones sensacionales.

Catorce hombres sudaban copiosamente para conducir al animal desde las cuerdas de elevación hasta la entrada de la factoría.

—¡Animas del infierno, patrón! ¿Qué es eso? ¿Un monstruo antediluviano?

—Efectivamente, Warren.

—¡Menuda batalla habrán tenido para capturarla, jefe!

Bernard sonrió.

—La atrapé yo solo.

Warren dio un respingo, quedando con las fauces abiertas.

—¿Usted sólito, jefe?

—Los muchachos la avistaron a un tiro de revólver a babor. Casi inmediatamente renunciaron porque el animal era muy poderoso, muy rápido, peligroso. Todo esto ocurría al norte de Las Antillas.

—Siga, jefe.

—Cuando ya todos se despedían del ejemplar, pedí un bote.

—Ya. Un bote con veneno.

—No seas imbécil. Me refiero a una gabarra de velocidad, una barca, hombre.

—Soy tarugo nato, jefe. Siga.

—Por eso trepé al bote, me soltaron por la borda y comencé yéndome derechito a la tortuga.

—Menuda lucha debieron tener, patrón. Usted y ella.

—Se me escurrió hacia Cuba, la muy condenada. Pero yo largué vela y le gané distancia poco a poco. Al fin la tuve a mi alcance y le tiré el arpón.

—Un dólar a que le dio en toda la cresta, jefe.

—Metí la punta justo en su cuello. Le di cuerda y la muy perra tiró como un cohete. Entretanto, los chicos me siguieron con el barco. Si no llegan a hacerlo, a estas horas aún estaría yo de

navegante, porque la bicha me llevó hasta cinco millas marinas de Matagorda.

—¡Que me aspen!

—Sí, Warren. Pero por fin venció el hombre.

—¿Usted, jefe?

—¿Quién iba a ser, pedazo de bestia? Claro que fui yo. La tortuga muño desangrada. Los chicos me alcanzaron a veinte millas de Cabo Juárez. Y aquí tienes el magnífico ejemplar. Calculo que sacaremos trescientos litros de aceite, veinte kilos de escamas, y cuando le quiten toda la sal, resultaran no menos de cien libras de carne que valdrán un Perú una vez enlatada.

—¿Me permite que le bese en la frente como los marinos rusos?

—Si lo haces, te parto la boca imbécil.

—Oh, dispense, patrón.

—He querido demostrarte, con la historia de la tortuga, que cuando un hombre se empeña en aniquilar a sus enemigos puede hacerlo si tiene el corazón necesario.

—Ya. Usted aplica el cuento a esos tipos que han venido y a los que hay detrás como Gordon Yale y los del Este.

—Menos mal que asimilas algo, demonios.

Warren asintió.

—Uno hace lo que puede, jefe.

Bernard le golpeó amistosamente en el hombro.

—¿Crees que no lo sé cabezotas? Llevas la factoría no es referente al trabajo interior. Por eso me he permitido traerme un recuerdo del viaje.

—Ya sé, jefe. Algún arún disecado para que lo tenga de adorno aquí arriba. ¿O un pez espada?

—Mira por la ventana, besugo.

El capataz pestañeó, intrigado. Se asomó, con ciertas precauciones.

Y lo que vio le arrancó un respingo de estupor.

—¡Una mujer! ¡Una indígena de lo más rica!

Bernard rió con ganas.

—La atrapé en la isla de las Langostas. Está en estado sátrapa Pero ya le enseñarás tú modales.

—¡Claro que le enseñaré, jefe! —rió Warren de modo estruendoso, saliendo afuera—. ¡Ahora mismo le daré la lección

primera!

La muchacha estaba envuelta en una tela estampada que señalaba todos sus encantos.

Al ver la brutal cara de Warren pegó un chillido y echó a correr.

Éste rugió:

—¡Agárrenla, muchachos! ¡Es para mí! ¡Me la trajo el patrón!

Un tipo intentó cortarle el paso a la belleza de las islas.

Pero la chica agarró, al paso, un pedrusco.

Y acertó en la frente del tipo, a quien dejó de pie, pero sin sentido. Warren se dio a todos los diablos. La belleza huía.

Y de repente se coló por entre los caparazones de desecho y desapareció.

Debió encontrar alguno de los agujeros que el viejo Timothy usaba para entrar en la factoría.

Nadie la pudo encontrar.

Kraff se dio a todos los diablos mientras se tiraba de los pelos.

Por fortuna para la indígena, el viejo Timothy andaba robando latas de carne de tortuga muy cerca de allí y pudo ayudar a la muchacha a escapar de la factoría.

CAPÍTULO VI

Los pescadores de tortugas desparramados por la costa acudían a la reunión convocada en la modesta factoría de Henry Loyd.

Ésta constaba, en total, de un par de barracones medio desvencijados por los vientos del mar.

Henry Loyd era un hombre de unos cincuenta años, curtido de piel, cabellos blancos y ángulo facial que denotaba inteligencia.

Desparramó la mirada por los bancos de madera, los sacos apilados y los caparazones, donde iban tomando asiento sus colegas, y cuando el barracón estuvo de bote en bote, una sonrisa afloró a sus labios, resecos por los vientos.

—Gracias, amigos. Sabía que responderíais al llamamiento que hizo Timothy, y por primera vez, en mucho tiempo, os aseguro que empiezo a sentirme feliz.

Un tipejo nervioso, calvo y fofo, se puso en pie secándose el sudor que empapaba su frente.

—Henry —dijo con un trémolo en la voz—. Ya ves que no te hemos dejado en cuadro. Ahora será mejor que empecemos antes de que alguien dé el soplo y los hombres de Murray nos peguen un susto de historia.

Se oyeron varias carcajadas por la salida del calvo, quien se lo tomó a mal e hizo muecas de furia hacia la galería.

Henry no rió ni pizca. Al contrario, su semblante se había convertido en un conjunto de arrugas de preocupación.

—Lo que ha dicho Mose no es cosa de risa, muchachos. Ya sabéis que en otros tiempos no nos habríamos atrevido a reunimos de esta forma. Pero esta vez se ha hecho todo con la mayor discreción y los hombres de Murray no saben nada de esta reunión.

—Yo no hablaría tan fuerte —dijo Mose, en un quejido.

Henry apretó los maxilares.
—Tienes que calmarte, Mose —levantó el rostro—. Y todos los demás también han de tener serenidad.
Lo interrumpió un vozarrón que procedía de la galería alta.
—¡Yo estoy muy sereno, señor Loyd!
Henry Loyd tuvo una mirada de admiración para el hombrón que acababa de hablar.
—Te conozco bien, Tony. Y sé que eres un marino con agallas. Un muchacho lleno de vigor que no se arredra ante nada.
—¡Si uno de esos bastardos a las órdenes de Murray se deja caer por aquí, estas manos se ocuparán de él debidamente!
Hubo un murmullo de aprobación.
Henry pidió silencio con un gesto.
Todos sabéis que nos ha animado mucho a reunimos el hecho de que dos valientes que se han dejado caer por esta costa han plantado cara debidamente a los sicarios de Bernard Place.
—¡Abajo Bernard Place! —chilló alguien, pero lo mandaron callar por inoportuno, y ya no dijo ni pío en toda la reunión.
El grandullón llamado Tony volvió a dejar oír su vozarrón desde la alta galería.
—¡Nosotros estamos aquí, señor Loyd! ¡Pero los que nos han embarcado en esto brillan por su ausencia!
—¿Te refieres a Tudor y a Caster?
—Y también al viejo Timothy. Estoy por pensar si estarán muertos de miedo después de darse cuenta de lo que hicieron y ahora están bien escondidos.
—No debes hablar así, Tony.
—Por ahora estamos solos como siempre ha ocurrido. ¿Dónde están esos forasteros?
Y como buscó con la mirada el apoyo de las masas, todos se a restaron a darle la razón.
El sudoroso calvo se irguió en su asiento de concha.
—¡Estoy con Tony, señor Loyd! Y aconsejo que abreviemos antes de que pase algo. ¡No me gusta nada este silencio de los alrededores!
—Todavía faltan algunos compañeros, muchachos. Sugiero que esperemos mientras llegan, y así daremos oportunidad a que aparezcan los héroes.

—¡Me parece que tendremos que buscarlos debajo de las piedras, como los caracoles! —rió Tony, y agrego unas muecas para ganarse unas risas que lo premiaban, lo cual consiguió perfectamente.

En aquel momento se oyó un extraño trompeteo.

Todos volvieron las cabezas hacia la entrada francamente alarmados.

Y pudieron ver al pillastre de Timothy que irrumpía soplando un como hecho del pincho de un pez espada.

Después de soltar otros cuatro trompetazos, señaló hacia la entrada e hizo como los presentadores de circo.

Jim Tudor y Frank Caster penetraron en el lugar de reunión. Llegaban muy cargados.

Y la carga arrancó un respingo unánime y ciertos gemidos de espanto de los más pusilánimes.

Lo que Tudor y Caster traían eran dos muertos sobre sus hombros.

Jim dejó la macabra carga al pie del tablado y lo mismo hizo Frank, todos los movimientos coreados por burlescos sones del coro del viejo Timothy.

Henry Loyd estaba muy pálido. Se humedeció los labios e inquirió:

—¿Qué significa esto, señores?

Jim se dio aire con el sombrero para refrescarse del esfuerzo.

_Significa que la banda de Luke Murray ha perdido dos miembros más.

Hubo un coro de murmullos heterogéneos.

Algunos trataron de ganar la puerta para ponerse a salvo de las represalias de Luke.

Pero Jim alzó la mano para tomar la palabra y, al mismo tiempo que empezaba a hablar, Frank cerró la puerta sin dejar salir a nadie.

—No deben asustarse, porque hayamos sorprendido a estos facinerosos cerca de aquí. Antes de que corrieran a contar a su jefe el movimiento de pescadores por este lado de la costa, mi socio, el señor Caster, y yo, les dimos un susto. Lo malo fue que quisieron sacar las armas y tuvimos que descerrajarles un balazo por barba. Y también los hemos traído aquí por no dejar los cadáveres afuera y que llamen la atención.

Timothy agregó un toque de como para puntualizar las palabras de Jim.

Pero como se ponía pesado, alguien lo cazó con un garfio de despellejar tortugas y lo sentó en preferencia.

En eso, los reunidos comenzaron un debate, cada cual con su vecino, armando un lío de mil diablos. Unos jaleaban a los héroes y otros reflejaban mucho temor por las posibles represalias de Murray.

Tudor tuvo que gritar mucho para imponer silencio.

Henry Loyd le ayudó un poco.

—Eh, amigos, cállense, el señor Tudor quiere decirnos algo y es importante que le escuchemos.

Jim esperó a que hubiese enmudecido el último de los presentes, y, tras un suave carraspeo, dijo:

—Empezaré diciendo que la situación de ustedes es difícil, pero no desesperada. Y tampoco el problema de ustedes es nuevo en Texas. En muchos pueblos existen tipos como Bernard Place, capataces como Warren Kraff y jefes de pistoleros como Luke Murray, que ordeñan a la comunidad. Sólo cambia la situación peculiar de los ciudadanos en cuanto a su forma de vivir. Unos lo hacen cultivando el maíz, otros crían reses, ustedes sé dedican a la pesca de la tortuga y luego la manipulan para servir al mercado las distintas materias. Naturalmente, esa gentuza pretende aprovecharse en todas partes, monopolizar la manufacturación o el mercado y para ello no vacilan en emplear sus medios, llegando a matar si es preciso…

—Ha hecho un buen resumen, señor Tudor —intervino Loyd—, pero espero que llegue pronto al lado práctico de la cuestión.

—Sí, ahora mismo. Ustedes tienen el miedo metido en el cuerpo.

Se oyeron algunas protestas y Jim puntualizó:

—He dicho miedo y quizá me quede corto. Es pánico lo que ustedes sienten.

—No somos pistoleros, señor Tudor —dijo Loyd.

—No, no lo son, pero en un momento determinado, cuando peligran sus vidas y las de sus familias no tienen más remedio que unirse. No dudo que la lucha será dura y algunos pueden caer, pero sólo así, haciendo frente en masa a Bernard y sus pistoleros, lograrán imponer su razón. Yo propongo que se forme un Cuerpo de

Vigilantes.

—¿Cuerpo de Vigilantes? ¿Y el sheriff? —habló Henry Loyd.

—Ha de hacerse a espaldas de él.

—Pero es el representante de la ley.

—¿Qué ley representa el sheriff deja que sean atropellados? ¿Qué respeto impone cuando los pistoleros de Luke Murray hacen lo que quieren…? Amenazan, asesinan sin traba… No, amigos, sólo tienen un camino, el que les he dicho, la constitución de un cuerpo de vigilantes. Mi socio Frank Caster y yo estamos dispuestos a comprarles su mercancía, el carey, para que sigan viviendo, pero ustedes tienen que protegerse. Frank y yo trataremos de llevar a su destino la mercancía y, si logramos nuestro propósito, recibirá la publicidad necesaria. Eso atraerá nuevos clientes y, cuando ellos se vean protegidos, les seguirán lloviendo pedidos. Si, para entonces Bernard Place sigue viviendo, tendrá que amoldarse a las nuevas circunstancias y ser uno más como ustedes, vender al mismo precio y limitarse a ganar los beneficios legítimos.

Tras las últimas palabras de Jim siguió un silencio.

Todos miraron a Henry Loyd porque éste era, indudablemente, el hombre con más autoridad entre ellos y esperaban su respuesta.

—Tudor ha hablado con sensatez, yo estoy convencido. Debemos formar el cuerpo de vigilantes.

Los oyentes prorrumpieron en vítores. Levantaron los brazos dando su consentimiento.

Henry Loyd palmeó la espalda de Jim.

—Gracias, Jim, su llegada nos ha servido de mucho. Les ha devuelto la esperanza y eso es bueno, lo mejor… Ahora empiezo a creer que para nosotros puede existir un futuro.

Jim descubrió a un personaje que no había visto hasta entonces, a Eva Lee. Estaba al fondo, entre un grupo de hombres; era por eso que había permanecido ignorada.

La joven se adelantó y Henry dijo:

—Ya conoce a Eva, la secretaria de Gordon Yale, Jim.

Eva le tendió la mano.

—Señor Tudor, debo pedirle perdón.

—¿Por qué, Eva?

—Pensé muy mal de usted. Creí que sólo era un aventurero, un hombre que arriesgaba su piel a cambio de unos dólares, pero al

que tenían sin cuidado las demás personas. Sus palabras me han emocionado mucho.

—Cuidado, Eva, me va a sacar los colores…

—Escribiré al señor Yale y le diré qué clase de magnífico trabajo va a realizar en beneficio de estos hombres perseguidos… A propósito, ¿cuándo se pondrá usted en camino para anunciárselo también?

—Mañana. ¿Está de acuerdo, señor Loyd?

—Sí, desde luego. Podrá irse mañana.

—Nos pondremos en marcha a la puesta del sol.

—¿Cuánto tiempo piensan invertir en el viaje? —preguntó Eva.

—Cinco días.

—Gracias, señor Tudor. El señor Yale se va a poner muy contento cuando sepa que eligió a los hombres que necesitaba para esta misión. Ahora los tengo que dejar…

—Disculpe que no la acompañe, Eva —dijo Jim—. Pero he de ultimar lo relativo a nuestro viaje y al cuerpo de vigilantes.

—No se preocupe, habrá tiempo para que usted y yo sigamos hablando.

Jim se mojó los labios con la lengua. Los ojos de la joven habían brillado y por otra parte, sus palabras dejaban abiertas las puertas a otra cosa.

—Pasaré a verla mañana por su hotel.

—Gracias, lo esperaré.

La joven salió de la cabaña.

Bernard Place mojó el pan en la salsa y, tras echárselo a la boca, dijo sin dejar de masticar:

—Acabaremos con esos miserables, Warren.

El capataz sacudió la pesada cabeza.

—Me preocupan esos tipos recién llegados, Jim Tudor y Frank Caster. Han demostrado ser muy buenos. Demasiado. Ya han matado a unos cuantos de los nuestros. Si me dijesen que son alumnos del diablo, lo creería a pies juntillas.

—Tienes un gran defecto, Warren.

—¿Cuál, jefe?

—Que eres tonto. Piensas que yo no podré con esos tipos. Y es posible que tengas razón.

—¿Cómo?

—Quiero decir que estoy de acuerdo contigo en que Jim Tudor y Frank Caster son verdaderos demonios con el revólver y que, en una lucha cara a cara, quizá serían capaces de acabar con el tinglado que monté en este lugar de la costa. Pero dime, ¿desde cuándo me enfrento con tipos peligrosos cara a cara?

Warren pestañeó pensativo.

—Infiernos —dijo al fin—. A Norman Rehier se lo cargó enviándole un mestizo que le acuchilló por la espalda.

—Continúa con la lista.

—A Robert Feder le mandó aquel enano camuflado en uno de los barriles de vino que supuestamente le regalaba, y el enano le partió la cabeza con una pala… Hay otros cuatro o cinco, pero ya olvidé el número. Sí, jefe, a todos ellos se los cargó mientras usted estaba fumándose un habano o teniendo en las rodillas a una mujer de clase… ¿Quiere decir que a Jim y Frank se los va a cargar de forma parecida…?

—Premio.

—¿Que procedimientos va a utilizar esta vez? ¿El mestizo con el cuchillo…? ¿El enano embotellado…?

—No, esta vez será a base de descarga cerrada.

—No le comprendo.

—Voy a saber la hora en que se marchan esos dos fulanos con el carey que comprarán a esos desgraciados y el camino que van a seguir… Sí, Warren, sabré la ruta y podremos controlar, reloj en mano, los lugares por donde van a pasar… En cualquier rincón les prepararemos una buena encerrona de la que no podrán salir. Pondré toda la carne en el asador.

—Pero, jefe, ¿cómo va a saber todo eso?

—Es la mar de sencillo. Esos imbéciles se han reunido en la choza de Henry Loyd.

—Ya lo sabíamos y debimos enviar más hombres para acabar con todos los desgraciados.

—Eran demasiados, estúpido. Y, por otra parte, ¿por qué hacer una masacre si con que liquidemos a Jim y Frank las aguas volverán a seguir su curso…?

—Tiene razón una vez más. Pero ¿cómo va a estar al corriente?

—La explicación de todo es muy sencillo, Warren. Hay un traidor entre esa gente.

—Un chivato, ¿eh?

—Exacto, alguien que vendrá a darme el soplo. Y lo estoy esperando en este momento… Muy pronto llegará aquí y nos contará todo lo que allí se ha hablado.

Warren se echó a reír.

—Jefe, lo que no piense usted no se le ocurre a nadie.

—Gracias, Warren, es un buen halago.

Warren acudió a abrir y un hombre dijo desde fuera:

—Una persona quiere ver al señor Place. Es Eva Lee, la secretaria del señor Yale.

Warren dio un respingo y se volvió hacia Bernard.

—Eh, jefe, ¿ha oído? Esa mujer está aquí… Ahora tendrá que entrar el traidor por una puerta trasera, no vaya a ser que se encuentren…

En aquel momento, Eva Lee penetró en la estancia. Pasó junto a Warren y sé dirigió donde estaba Bernard Place.

Éste, muy serio, los ojos clavados en ella, dijo:

—¿Cómo está mi adorable traidora?

Ella llegó ante Place, lo besó en la boca, y cuando separó los labios, dijo:

—Tu gata te trae buenas noticias, querido.

El capataz, que se había quedado de piedra, hubiese jurado que Eva Lee ondulaba el cuerpo, efectivamente, como un animal felino, mientras se sentaba sobre las rodillas de Bernard.

CAPÍTULO VII

Jim Tudor llamó con los nudillos en la puerta que tenía ante si.

—Adelante —dijo una voz dulce.

Jim entró en la habitación.

Eva Lee estaba sentada ante el espejo, peinándose, y se levantó.

—Ah, es usted, Jim… Le he estado esperando toda la tarde.

—Tuve mucho trabajo.

—¿Ya constituyeron el cuerpo de vigilantes?

—Sí.

—Es una magnífica obra por su parte.

—No es mía. Va a ser de todos.

—Telegrafié al señor Yale y también le escribí una carta explicándole todo detalladamente. Estoy segura de que el señor Yale le volverá a contratar, Jim.

—Hace falta que lleguemos a Pineville.

La joven se acercó a Tudor mirándolo profundamente a los ojos.

—Estoy segura de que sabrá burlar a los hombres de Murray.

—Eh, recuerde que no lo haré solo. Por fortuna, tengo a Frank, un buen elemento para estos jaleos.

—¿Llevan mucho tiempo juntos?

—Sí, formamos sociedad hace tres años.

—Apuesto a que se han debido meter en muchos líos.

—En tantos que, algunas veces, nos han dicho que somos nosotros quienes los buscamos:

—Jim, ¿me promete una cosa…?

—Le prometo traerle un collar de Pineville.

—No era eso, Jim —sonrió la joven y entornó los párpados—. Sólo quiero pedirle que se cuide… No se exponga innecesariamente al peligro.

—No, sólo lo haré si me salen al paso esos bastardos.

—Debe haber algún camino a Pineville que no sea peligroso, quiero decir una ruta por la que usted y Frank puedan desorientar a ese pistolero, Luke Murray.

—Es exactamente lo que Frank y yo vamos a hacer, desorientarlo.

—Oh, Jim, qué inteligente es usted.

Dejó entreabiertos los labios y Jim, que nunca desaprovechaba sus oportunidades, enlazó a la joven por la cintura y la atrajo hacia si, besándola en la boca.

Ella prolongó mucho el beso.

—Jim; deja que respire…

—Yo también necesito oxígeno…, pero lo respiraré en la calle.

—¿Es que te vas?

—Sí, Eva. Se me olvidó decirte que adelantamos el viaje. Salimos esta noche.

—¿Por qué esta noche?

—Ésa era la desorientación. Todo el mundo cree que nos iremos mañana. Pero cargar quinientas libras de carey no era una cosa difícil y ya lo hemos hecho.

—Pensé que te quedarías aquí, Jim…, un poco más.

—No puedo.

—Comprendo que tienes fundados motivos, Jim, pero de pronto me he dado cuenta de que empezaba a sentir algo por ti.

—Dimf: eso cuando vuelva.

—Sí, Jim, te lo diré un millón de veces…, y al oído…

Lo enlazó por el cuello y le besó en la boca.

—Jim, no quiero que te pase nada.

—Estoy seguro de que ellos me esperan por un sitio y yo iré por otro.

—¿Qué camino?

—El desfiladero del Ángel. Murray nunca supondrá que iremos por ese lugar. Tenemos que perder casi un día completo.

—Es magnífico, Jim… Ahora estoy más tranquila. Sé que no te pasará nada, me lo dice el corazón.

—Hasta la vuelta, Eva.

Se volvieron a besar y Jim salió de la habitación.

Eva escuchó tras la puerta hasta que los pasos se perdieron por

el fondo del corredor hacia la escalera.

Entonces sacó de un armario una paloma. Escribió rápidamente en un papelito:

> «Jim Tudor va por el Desfiladero del Ángel. Adelantó viaje. Sale esta noche».

No puso firma. Hizo un rollito con el papel metiéndolo en el cilindro que la paloma tenía en el remo izquierdo. Luego, con el ave en la mano se acercó a la ventana y la abrió. Dio un beso a ésta en la cabeza y la echó a volar.

La paloma describió un círculo y luego se dirigió como una flecha hacia los dominios de Bernard Place.

La joven sonrió, dio un suspiro y volvió a cerrar la ventana. Enseguida se quitó el vestido, se puso el camisón y se tendió en la cama. Al cabo de un rato dormía plácidamente.

Jim Tudor y Frank Caster estaban listos para emprender la marcha.

Henry Loyd les estrechó la mano.

—Les deseo un buen viaje, pero sigo opinando que deberían ir con ustedes algunos de los vigilantes que forman nuestro cuerpo.

—Ya hemos discutido eso, Loyd. Frank y yo preferimos ir solos, de otra forma tendremos que responsabilizarnos con respecto a otras personas. Frank y yo estamos acostumbrados a resolver nuestras cuestiones. Además, hay otras razones que aconsejan que vayamos sin compañía. Sus vigilantes son más necesarios aquí que corriendo una aventura que no sabemos cómo va a terminar.

—Está bien, Jim, pero recuerde que estaremos en tensión permanente hasta recibir ese telegrama que nos anuncie su éxito.

—Procuraremos poner este telegrama, pero, si no lo recibe, tendrán que defenderse solos.

—Le aseguro que lo haremos.

—Eso está mucho mejor. Recuérdelo, uno ha de saber replicar a los zarpazos de gente como Bernard Place.

Henry Loyd también estrechó la mano de Frank y luego los dos amigos salieron de la casa y se dirigieron al lugar en donde estaba la galera con el carey con destino a Pineville.

El viejo Timothy Chuggs estaba en el pescante.

—Eh, abuelo, baje de ahí —dijo Jim.

—Y un cuerno voy a bajar. Yo voy con ustedes.

—No admitimos ancianos ni inválidos en esta expedición.

Tímothy hizo un movimiento rápido con la diestra y en su mano apareció un rifle de caño corto. Lo había tenido escondido a la espalda.

Frank y Jim le miraron con las cejas enarcadas.

El viejo Timothy rió como una urraca.

—¿Qué les parece?

—No lo hizo mal del todo, abuelo.

—Eh, Frank —dijo Timothy—, ahí va eso.

Apretó el gatillo, sonó un disparo y el cigarro que Frank tenía en la boca quedó partido por la mitad.

Frank retrocedió dándose a todos los diablos y escupió el resalo del cigarrillo.

—Maldito viejo, le voy a cortar las orejas.

Timothy rió otra vez.

—Saque el revólver y lo mataré.

—Basta de demostraciones, abuelo —dijo Jim—. Ganó una opción para venir con nosotros. Ante su exhibición, me pregunto por qué diablos se dedica a huir de los esbirros de Bernard Place, si podría defenderse bien, a tiros, de ellos.

—La contestación es muy sencilla. Porque ya me habrían matado. Es cierto que tengo habilidad. Pero ¿qué habría conseguido con este rifle, «Margarito», a quien acaban de conocer? Si me hubiese enfrentado a docenas de esos tipos me habrían tumbado enseguida. En cambio, corriendo bajo las conchas de tortuga, metiéndome por agujeros, deslizándome por pasadizos y saltando de roca en roca, hoy puedo presumir de que tengo la piel intacta.

—Sí, abuelo, tiene razón. Por algo dice el proverbio que «más sabe el diablo por viejo que por diablo»…

—Es un honor que me hace al compararme a Lucifer, señor Tudor.

—Pero no hay sitio para usted en el pescante, abuelo. Pase al interior.

—Está bien, me conformo. Frank tomó del brazo a Tudor.

—Eh, Jim, ¿qué pasará si le agujerean la cabeza?

—¿Es que no sabes cómo se libra de las balas nuestro huésped? Seguro que nos liquidan antes a nosotros.

Subieron al pescante y, poco después, la carreta se ponía en movimiento rumbo a Pineville.

El sol caía a plomo sobre el lugar desértico que atravesaba la galera. Muy a lo lejos, bajo unas nubes blancas, se levantaban unos picos.

—Ahí tenemos el Desfiladero del Ángel —dijo Frank.

—Todavía está muy lejos —repuso Jim—. Llegaremos cuando el sol se ponga.

—¿Qué hace el abuelo?

—Sigue durmiendo.

—Demonios, nunca vi a nadie dormir tanto como él. Se ha pasado roncando toda la noche.

Frank, que era el que conducía en aquel momento, tuvo un descuido y la rueda golpeó contra una roca hundida en la arena.

La galera dio un brinco y casi en el mismo momento se oyó un estridente grito en el interior.

—Cálmese, abuelo —dijo Frank—. No ocurrió nada.

—Eh, Frank —dijo Jim—. ¿No te parece que, de pronto, al abuelo se le aflautó la voz?

—Caramba, es cierto, debe de haber sido del susto.

—Para el carro.

Frank tiró de las bridas y la galera se detuvo.

—Eh, abuelo, asome la cabeza.

El viejo pareció despertar.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Son los indios?

—No, abuelo, no son los indios.

Se abrió la lona y apareció la cabeza de Timothy.

—Hermoso día nos hace…

—Sí, un sol maravilloso, abuelo. Yo he calculado que estamos aguantando unos 48 grados. Seguramente eso ha afectado a sus cuerdas vocales…

—¿A mis cuerdas…? Oh, sí, eso he notado, mi cuerda de cáñamo está más tirante que nunca.

—Me refería a su garganta, de repente habló muy fino.

—Es lo que usted dijo, Jim, el sol. —El abuelo carraspeó agregando con voz fina—. ¿Ve?, ya tengo otra vez esas cuerdas

hechas polvo…

—Salga de aquí y salte al polvo, abuelo.

—¿Para qué?

—Haga lo que le digo.

—Eh, no me irán a dejar abandonado en el desierto…

—No se preocupe, sólo se trata de hacer una comprobación.

—¿A qué comprobación se refiere?

—Salte y lo verá.

—Sí —dijo el abuelo—. Quiere comprobar mi habilidad para cuando llegue el momento de defendernos… —saltó en cuclillas y botó como una pelota—. ¿Qué les parece, muchachos? Pura goma.

Pero Jim no le hacia ningún caso y se coló por entre las lonas. A la izquierda estaba el cargamento de carey y a la derecha había un bulto. No recordaba haberlo puesto allí porque el saco de las provisiones estaba más atrás.

Lo que cubría la manta se movía con un ritmo muy lento, pero perfectamente apreciable.

Tomó una punta de la manta y la apartó con suavidad. Ante sí, vio un pie, un tobillo, el comienzo de una pantorrilla…

Asió el remo por el tobillo y dio un tirón.

Se oyó un alarido y la manta saltó por el aire.

Una mujer se incorporó como impulsada por muelles y casi se dio de bruces con Jim. Éste la tomó por los brazos y quedó enfrentado a una muchacha bellísima de unos veintidós o veintitrés años.

—Se cubría con una especie de túnica muy ceñida, con flores pintarrajeadas en colores llamativos. Tenía los ojos muy grandes, rasgados y negros, las cejas finamente trenzadas en arco, los pómulos salientes, los labios gordezuelos. Su cabello era largo, muy negro y brillante, y a Jim le recordó la hermosa crin de una yegua.

—¿Quién eres tú?

—Alúa. —¿Qué nombre es ése?

—El que me puso mi madre.

—¿De dónde eres?

—De una isla, más abajo de Cuba.

—¿Cómo se llama esa isla?

—Santa Magdalena.

—¿Quién te metió aquí?

—Yo misma lo hice.

—Te ayudó ese viejo entrometido.

—Se equivoca. Fui yo —repuso Alúa levantando la barbilla con orgullo.

—Eres una ingenua al pretender defender al abuelo. Vamos, sal.

—Ya entiendo, usted es como todos los demás hombres blancos… Me va a dejar en este desierto para que me muera de sed o para que sirva de comida a los buitres.

—Tienes demasiadas fantasías, muchacha. Vamos, baja.

Frank Cárter soltó un silbido desde el pescante, vuelta la cabeza hacia los jóvenes.

—Eh, Jim, ¿dónde conseguiste el regalo?

El abuelo se puso a dar gritos.

—¡Milagro…! ¡Milagro…! ¡Una mujer en el carro!

—Deje de hacer el payaso, Timothy —dijo Jim—. Usted metió a la chica en la galera. Por eso tenía tanto interés en venir con nosotros. Quiso protegerla. ¿Porqué?

El viejo se mojó los labios con la lengua.

—Está bien; lo diré, creí que podríamos llegar a Pineville sin que la descubriesen.

—Cinco días de camino y no quería que la descubriésemos. ¿Cree que somos tontos?

—Estuvo toda la noche ahí y no se dieron cuenta.

—¿No sabe que tenía que comprobar de vez en cuando la mercancía…? Hasta ahora no lo hice porque no nos encontramos con nadie, pero todavía no contestó a mi pregunta. Se la repetiré de otra forma: ¿para qué quiere ir la chica a Pineville?

—Tiene allí un primo y Alúa ha pensado que él la podrá devolver a la isla de donde fue secuestrada.

—¿Qué folletín es ése?

—No es ningún folletín, sino la verdad. Alúa fue secuestrada. Bernard Place estuvo pescando tortugas en su barco cerca de la isla Santa Magdalena. Tuvieron que desembarcar en ella para llenar los barriles de agua. Sorprendieron a Alúa en la orilla de una ensenada donde estaba recogiendo huevos de tortuga y Bernard la raptó.

—Ya entiendo, se la reservó para sí.

—Se equivoca, señor Tudor —exclamó Alúa—. El señor Place no me tocó. El es un racista, me lo dijo en la cara; y yo tengo sangre

indígena en las venas.
—No se te nota mucho.
—Mi madre era americana y mi padre continúa siendo el rey de la isla Santa Magdalena.
—Vaya, de modo que tú eres una princesa.
—Lo soy y algún día reinaré sobre mi pueblo…
—Si Bernard Place no te quería para él, ¿por qué te raptó?
—Me quería regalar a su capataz, pero tampoco aquel bruto me tuvo. Cuando él señor Place me iba a entregar, eché a correr. Me habrían atrapado otra vez, de no ser por la ayuda que me prestó el señor Chuggs.
—Ya imagino lo demás. El señor Chuggs te dijo que íbamos a Pineville y tú te acordaste de que tienes allí un primo.
—Es cierto, no le he mentido. Se llama Baltasar y él se ocupará de devolverme a mi isla.
—Conoces bien nuestro idioma.
—Mi madre me lo enseñó desde que era muy niña.
Jim miró ceñudo al abuelo.
—¿Por qué no me dijo todo eso en Costa City, Timothy?
—Usted se habría negado a llevarla, aunque le hubiera contado su historia. Habría dicho que era sólo una misión para hombres y que no podía correr el riesgo de que a Alúa le agujereasen la piel…
—La llevaremos.
—Gracias, señor Tudor —dijo el abuelo:
—No me dejó terminar, Timothy. La llevaremos a
Bam-Bam.
Hemos de llegar esta tarde a ese pueblo. Cada dos días pasa por allí una diligencia que va a Pineville.
Alúa tendrá que viajar en ella si quiere continuar el viaje.
—No tengo dinero.
—Yo le pagaré el billete. Alúa apretó los puños sobre los muslos.
—No quiero su dinero, señor Tudor.
—Eh, princesa, no te pongas tonta. Hasta aquí hiciste el viaje gratis y lo seguirás haciendo por cuenta mía. Ahora sube.
—No quiero hacerlo.
—¿Cómo?
—Seguiré andando.
—No sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente. Los de mi raza somos muy resistentes.

Jim miró el desierto.

—Eh, muchacha, me acusaste antes de que te iba a dejar en el desierto para que te devorasen las serpientes y los buitres… Echa una mirada y verás un par de ejemplares de esas aves que sólo buscan la carroña.

Alúa alzó la mirada. Dos buitres habían empezado a trazar círculos sobre ellos.

—Sólo les falta la servilleta —dijo Jim—. De modo que arriba, antes de que nos deshidratemos bajo este sol infernal.

De pronto Alúa echó a correr alejándose de la galera.

—¡Vuelve aquí! —gritó Tudor.

Pero la joven siguió corriendo.

Timothy apuntó a Tudor.

—Usted tuvo la culpa.

—¿Yo?

—¿Por qué le habló así? No es ninguna niña… Es una mujer.

Jim miró a su amigo, que estaba sentado al pescante en actitud filosófica.

—Échame un lazo, Frank.

Éste lo descolgó y se lo arrojó.

Jim atrapó la cuerda y echó a correr detrás de la joven.

Alúa había cedido un poco en su carrera, debido a que tenía que respirar bajo un sol de fuego, y por otra parte, el terreno era un poco accidentado, con grandes hoyos llenos de arena.

Jim avanzó con ligereza, acortando rápidamente la distancia que lo separaba de Alúa. En un momento determinado hizo dar vueltas al lazo por encima de su cabeza. Finalmente lo arrojó.

El círculo de cáñamo se ciñó justamente sobre ella. Jim dio un tirón y la joven, frenada bruscamente en su avance, cayó en el polvo.

Se revolvió con la furia de una pantera, atrapó la cuerda y tiró con todas sus fuerzas.

El hombre no esperaba aquella reacción y se vino hacia delante, en el suelo.

—Condenada muchacha… Suelta eso.

—¡Déjame en paz!

El avanzó a gatas hasta situarse cerca de la muchacha.

De pronto, ella le tiró un zarpazo a la cara.

Jim apartó la cabeza a tiempo, pero las uñas de la joven le acertaron en el cuello arrancándole una tira de piel.

Alúa trató de atraparlo otra vez con su garra, pero él la tomó por la muñeca.

Quiso pegarle, entonces, un rodillazo, pero Jim se le echó encima y, debido a su peso, la aplastó contra el suelo.

—Vas a estarte quieta…

Los ojos de Alúa le miraron fieramente.

—Usted no quiere que vaya en el carro.

—No, no quiero y eso lo sabías desde el momento en que Timothy te dij o que debías permanecer escondida… Tenía que pasar esto si te descubría. ¿Lo pensaste o no tienes un trozo de seso en la cabeza?

La joven respiraba entrecortadamente. El gran escote de su vestido se había ampliado un poco. Su piel morena brillaba y tenía un color dorado.

—No quiero ocasionarle molestias, señor Tudor.

—Eso debiste pensarlo antes.

—Ya es tiempo que prescinda de mí.

—¿Crees que soy como Bernard Place?

—Entre usted y él existe poca diferencia.

—No voy a discutir eso, ahora porque me importa un rábano lo que pienses. Vendrás a
Bam-Bam
y te quedarás allí, como he decido.

—No iré. En cuanto el carro se ponga en movimiento saltaré. No lo podrá impedir.

—Claro que lo haré —dijo él y empezó a envolver a la joven con la cuerda.

—Eh, ¿qué hace?

—Asegurarme de que no vas a saltar del carro. —Soy un ser humano.

—Empiezo a dudarlo —respondió Jim mientras continuaba el trabajo que se había impuesto.

La rodeó con la cuerda de cáñamo desde los brazos hasta las piernas.

—Serás una princesa, pero recibiste muy mala educación.

A pesar de todo, la joven se debatió tratando de librarse, pero el joven la apretó fuertemente.

—Puedes seguir intentándolo tanto como quieras. Ya veremos quién se cansa antes.

Los movimientos de la joven eran cada vez más débiles. T Jim se fue acercando al carro.

Frank y Timothy le contemplaban con los brazos cruzados, y una sonrisa irónica en los labios.

Por fin llegó a la parte trasera del carro y la arrojó dentro como si fuese un paquete.

La joven dio un chillido al golpear su cadera contra las tablas. Luego, Jim asomó la cabeza por entre la lona. Los ojos de ella despedían fuego.

—Ésta me la pagará, señor Tudor.

—Oh sí, cuando vuelvas a tu isla se lo contarás a tu padre, el rey, y él organizará un ejército para venir en mi búsqueda.

Jim dio por terminada la conversación.

—Eh, abuelo, ¿qué está esperando? Vuelva ahí dentro… Y le voy a dar un consejo: no se le ocurra desatar a la muchacha.

—Pero tendrá que comer.

—Le dará usted la comida.

—Sí, señor Tudor.

—Si me la vuelve a jugar le ato también a usted, no lo olvide. El abuelo fue junto a Alúa sin rechistar. Entonces Jim volvió al pescante.

—Adelante, Frank.

Éste movió las bridas y el tronco de cuatro caballos reanudó la marcha.

Frank se puso a silbar la canción Hoy he conocido una niña que es una fiera.

—No tiene ninguna gracia —apuntó Jim.

—Eh, ¿qué te pasa? ¿Es que uno no puede silbar una canción?

—Hay otras.

—Sabes que es mi favorita… ¿No crees que eres demasiado sensible…? La princesa vale la pena… Infiernos, la tuviste un buen rato abrazada cuando caíste con ella en la arena…

—Le estaba leyendo la cartilla.

—También a mime habría gustado leérsela.

—Deja de pensar con tu cerebro tortuoso, Frank.

—No tengo otro, muchacho.

—¿Arrea?, ¡infiernos…! Perdimos un buen rato por culpa de esa salvaje.

El joven sonrió y se puso de nuevo a silbar. Eligió la misma canción: Hoy he conocido a una niña que es una fiera.

CAPÍTULO VIII

Frank tiró de las bridas.

—Ahí está el Desfiladero del Ángel.

El paso era muy estrecho. Aun lado y otro, se alzaban las montañas coronadas por riscos. En lo alto había enormes rocas que parecían suspendidas milagrosamente, casi en el vacío.

Jim, levantado en el pescante, observaba con fijeza las dos vertientes.

—Adelante.

—¡Arre, caballitos! —dijo su amigo.

El tronco se puso otra vez en movimiento.

—Tardaremos en pasar unos diez minutos —dijo Jim.

—Necesitamos veinte.

—Dije diez —insistió Jim y tomó el rifle.

—Está bien —rezongó el otro y fue aumentando la velocidad de los caballos.

Jim puso el rifle sobre sus rodillas.

De pronto se produjo un ruido parecido a un trueno lejano. La galera trazó una curva y se adentró por lo más estrecho y largo del paso.

Jim sintió que la sangre se le helaba en las venas al ver lo que pasaba delante. Un montón de rocas se desplomaba por el lado derecho del paso. Éstas, enormes, rebotaban y arrastraban otras consigo.

—Eh, ¿qué es eso? —dijo Frank.

—Sigue adelante. No intentes frenar ahora…

—Esas rocas nos atraparán en el momento de cruzar.

—Tendremos tiempo para dejarlas atrás. ¡Vuela, Frank!

Éste alentó los caballos.

—¡Allá vamos, muchachos!

Alúa empezó a dar gritos desde el interior del carro.

El abuelo dejó oír su voz.

—¿Es que se han vuelto locos…? Esto parece el tiovivo en el que monté en Kansas City…

—Agarre fuerte a la chica, abuelo —dijo Jim.

—¡No lo lograremos, muchacho! —gritó Frank.

—¿Quién dice que no?

El carro pasó como una exhalación frente al lugar en que se estaba produciendo el alud.

Las rocas cruzaron el camino cuando ya el carro había pasado, pero delante estaban descendiendo otras, las más grandes.

—¡Ahí viene, Jim!

Se refería a una roca de varias toneladas.

Éste también se dio cuenta de que no podrían evitarla. La roca y el carro coincidirían en el mismo punto. Eso era evidente.

Apretó los dientes, rabioso, porque no podía hacer nada por evitarlo.

De pronto, la roca chocó contra un saliente de la ladera y adquirió un vuelo insospechado. Paso por encima del carro produciendo un siniestro chirrido al cortar el aire.

Instintivamente, Frank agachó la cabeza.

El peñón se estrelló contra la vertiente opuesta pulverizándose, aunque algunos de sus fragmentos alcanzaron la lona.

Ya había pasado el peligro. Frank fue cediendo poco a poco las bridas y los caballos, que conscientes del peligro habían corrido durante los últimos minutos alocadamente, se tranquilizaron.

Éste, por fin, dio un suspiro.

Jim apretó el rifle contra su estómago.

—Sólo deseo encontrarme con los hijos de perra que nos prepararon la trampa.

—Tus deseos han sido escuchados por el infierno. Ahí los tienes.

Seis jinetes bajaban por la ladera menos pronunciada a un cuarto de milla.

—Lo celebro —dijo Jim y se echó el rifle a la cara—. Vamos, muchacho, otra vez a correr.

—Aquí no hay sitio para dar la vuelta.

—¿Quién te ha dicho que vamos a dar la vuelta…? ¡Adelante!

Frank sacó un revólver, manteniendo sujetas las bridas con una sola mano.

Jim hizo el primer disparo y uno de los jinetes se desplomó de su silla.

Los forajidos hicieron fuego con sus revólveres, pero como todavía no habían terminado dé descender por el accidentado terreno, sus proyectiles llegaron sin dirección.

Timothy asomó la cabeza por entre las lomas. Esgrimía su rifle de cañón corto.

—Con permiso, muchachos —dijo.

—Lo tiene, abuelo —repuso Jim y le dejó sitio en el pescante.

Los tres juntos, Jim, Frank y Timothy, formaron una cortina de fuego.

En un instante, tres jinetes más salieron despedidos de las monturas.

Los dos forajidos supervivientes se batieron en retirada ante la masacre producida en pocos segundos entre la pandilla.

Corrieron como almas perseguidas por el diablo hacia un bosque de abetos a la izquierda, donde empezaba a ensancharse el paso.

—Déjenlos, muchachos —dijo Jim—. Si los matamos, no quedará nadie para contarlo, y es preciso que Bernard Place se entere de lo que aquí pasó.

Los dos fugitivos desaparecieron por entre las rocas que había más allá del bosquecillo.

Dejaron atrás el desfiladero y, poco después, Frank detuvo la galera en un riachuelo, cuyo margen estaba cubierto de verde.

El abuelo dijo:

—Eh, la pobre chica tiene los huesos molidos. Podíamos quitarle la cuerda.

—Consiga de ella la promesa de que se estará quieta hasta llegar a Bam-Bam y no tendré inconveniente —repuso Jim.

—¿Por qué no intenta arrancarle usted esa promesa?

—Tiene demasiado orgullo.

El abuelo volvió junto a Alúa.

Los dos amigos saltaron del carromato y bebieron de la helada agua del riachuelo que bajaba de la montaña.

Alúa bajó, ya libre, del carro, frotándose las manos.

Frank sacó la comida.

—Princesa —dijo acercándose a Alúa—. No tenemos una mesa regia, pero todo lo nuestro está a su disposición.

—Gracias, señor Caster, es usted muy amable. Estoy acostumbrada a comer de todo. Mi pueblo ha pasado por épocas de hambre.

—¿Quiere decir que la familia real sofrió con su pueblo?

—Sí, señor Caster, mi padre piensa tan democráticamente como ustedes en Estados Unidos.

—Bueno, la verdad es que aquí hay muchas personas que no piensan de esa misma manera. Y Bernard Place es un buen ejemplo.

Jim estaba un poco apartado. Se despojó de la camisa y se dedicó a ablucionarse en el río quitándose el polvo.

Mientras se secaba con una toalla miró a Frank y Alúa. Su socio y la princesa habían entablado una conversación que debía ir por buenos cauces a juzgar por sus risas.

—Eh, Frank, que también los demás tenemos un estómago que llenar…

—Claro, gran señor —repuso éste—. Pero ¿desde cuándo te tengo que llevar el desayuno a la cama? Ahí tienes la comida. Cógela tú.

Jim soltó una maldición y cortó él mismo unos trozos de tocino que frió en una sartén.

El abuelo bajó de un pequeño montículo donde había ido a echar un vistazo.

—No nos atacarán de momento. No descubrí nada sospechoso. ¿Cuándo cree que se producirá la segunda ofensiva?

—Nos quedan aún unos cuantos días de viaje para llegar a Pineville. Los forajidos tendrán que rehacerse.

—Eso les será fácil. Más allá del desfiladero es corriente encontrar tipos de peso, fugitivos de la justicia que manejan bien el gatillo. A cambio de unos dólares, son capaces de asesinar a una vieja.

—Sí, es posible que pronto los tengamos listos para acabar con nosotros —se interrumpió al oír que Alúa reía alegremente alguna ocurrencia de Frank.

—Eh, tú. No vamos a estar aquí toda la tarde. El sol ya se ocultó.

—¿Dónde vamos a pasar la noche?

—Lejos de aquí. No me gusta este desfiladero.

—De acuerdo, muchacho —asintió Frank—. No es necesario que te pongas nervioso.

Aquél era el pueblo de Bam-Bam, donde Jim había dicho que dejaría a Alúa.

En realidad, sólo era un conglomerado de casas, una veintena, en un pequeño valle por donde corría un río. Nació muchos años atrás cuando los rancheros pasaban por allí con sus reses camino de México, para no tener que cruzar el territorio de los chiricahuas. Pero luego, cuando reinó la paz entre los indios y los blancos, los rancheros eligieron otra ruta que les hacía ganar días en su larga carrera. Por ello Bam-Bam había perdido categoría. Sólo quedaban tres o cuatro saloons, un almacén general, algún garito de juego y un par de hoteles. También contaba con un alguacil. Mike Shelton, un viejo conocido de los dos amigos.

Lo vieron enseguida. Mike estaba a la puerta del almacén general fumando un cigarrillo cuando la galera entró por la única calle de Bam-Bam.

El alguacil se quitó el sombrero, frunció el ceño y finalmente se frotó los ojos.

—¿Es cierto lo que veo…? Jim Tudor y Frank Caster están enteros…

—¿Esperaba que nos hubiesen desmembrado, Mike? —repuso Jim.

—¿Sabes una cosa, Tudor? El último otoño me dijeron que habías muerto. Llegó aquí un hombre que lo juró. Explicó que te habían matado los hombres de Kenneth Jones. Te había visto caer por un abismo.

—Sólo es verdad una parte. Caí por un abismo, pero yo ya había elegido el sitio.

—¿Y qué pasó después?

—Me dieron por muerto. Como Kenneth Jones tardó en darse cuenta del error, veinticuatro horas más tarde me presenté en su

cabaña y acabé con él y sus cuatro secuaces.

—¿Qué te había hecho?

—Nos robó quinientos machacantes. Frank había recibido un balazo y estaba en el hospital de Abilene.

El alguacil se echó a reír.

—Es bueno eso de morir una vez y resucitar, ¿eh, Jim?

—Sí, muy bueno.

—¿En qué negocio estáis metidos ahora?

—Vamos a Pineville con un cargamento de carey.

Mike hizo una mueca.

—¿Has dicho carey?

—Sí.

—Pineville está un poco retirado de Costa City.

—Elegimos este camino porque nos pareció el mejor.

—Comprendo, os buscan.

—Es posible, Mike.

—¿Cuánto tiempo vais a estar aquí?

_Sólo el necesario para descansar. Ya sé que tiene muchas ganas de que seamos sus huéspedes, pero no podemos aceptar su invitación.

Mike se echó a reír.

—Sigues siendo un tipo chistoso. Tú sabes que tengo tantas ganas de que os quedéis en

Bam-Bam

como de acostarme con un escorpión.

—Mike, ¿cuándo pasa la diligencia que va a Pineville?

—Mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—Traemos una pasajera. Se quedará aquí para tomar la diligencia.

Timothy saltó de la galera y luego lo hizo Alúa.

Shelton hizo un gesto de asombro al ver a la muchacha.

—Eh, ¿quién es esa chica? ¿Una artista que sacasteis del teatro cuando estaba representando su número?

—Es una muchacha que vive en una isla del mar Caribe. El bastardo de Bernard Place la raptó. Ahora va a Pineville en busca de un familiar.

—¿Desde cuándo te ocupas de recoger a hermosas mujeres desvalidas?

Jim bajó del pescante y se acercó al alguacil.

—La alojaré en el hotel La Luna. ¿Puedo dejarla a su cargo, alguacil?

—Claro que sí. Yo me ocuparé de ella.

Jim miró los ojos de Mike porque el tono de sus palabras no le había gustado.

—Oye, no quiero que le pase nada.

—¿Qué le va a suceder si el alguacil de
Bam-Bam
se va a ocupar de ella?

—Está bien. Vamos, Alúa.

El abuelo y ella se fueron con Jim.

Entraron en el hotel La Luna.

El vestíbulo estaba lleno de polvo, no había sido barrido en muchos días, y en la escalera faltaban tres peldaños. El registro tenía muchos agujeros, efecto de la polilla, y estaba vacía.

Jim golpeó en el tablero con la palma de la mano.

Por entre una cortina de canutillo se dejó ver un tipo gordo, grasiento, calvo y de ojos saltones. Estaba comiendo un trozo de pastel con los dedos.

—¿Tiene alguna habitación decente, Elmer?

—¿Ha dicho decente?

—Me refiero a que no tenga insectos y que, por excepción, hayan limpiado.

—Tiene que disculpar el polvo que vea en el hotel, pero desde hace dos días no me traen una cuba de agua. Joe el Mestizo, que se ocupaba de eso, está muy enfermo. Quizá se muera.

—Oh, sí, qué drama, y si eso le ocurre ya no volverá a lavar su hotel.

—Es usted muy gracioso, señor Tudor, pero recuerde la última vez que usted y su amigo estuvieron alojados aquí… Fueron los culpables de que hoy mi hotel sea un lugar ruinoso.

—Le pagamos los desperfectos. ¿Qué hizo con el dinero que pidió para reparar la escalera…? Tampoco veo el piano.

—El piano no admitía reparación. El hombre que usted dejó caer sobre él lo hizo papilla.

—Bueno, no nos cuente penas, Elmer, y déme la mejor habitación.

—Ya sabe cuál es, porque la probó unas cuantas veces: la que tiene cama de matrimonio.

—Hoy no necesito cama de matrimonio.

—Creí que usted y ella…

—Ella se queda sola.

—Está bien. Entonces le daré la seis, justamente fue ocupada hace dos días por una artista que estaba de paso. Era una chica muy delicada y le puse un colchón nuevo… Yo mismo le fregué la habitación… Perdí lo menos cuatro kilos.

—Y ahora los está recuperando.

—Son dos dólares diarios.

—La última vez era un dólar.

—La vida sube, yo no tengo la culpa… Antes me afeitaba por veinticinco centavos y, desde hace una semana, Barry el barbero lo subió a treinta.

Jim sintió deseos de atrapar por el grasiento cuello a Elmer, pero no quería discutir y dejó dos dólares en el tablero.

—Venga, Alúa, la dejaré instalada.

Tomó a la joven por el brazo.

—¿No sube usted, Timothy? —preguntó Alúa.

—No; yo me quedo.

—Gracias por todo lo que hizo por mí.

—No tienes por qué darlas —sonrió el abuelo—. Eres una buena chica y me alegro mucho de haberte podido ayudar.

Alúa se echó sobre Timothy y le besó en la barbuda cara.

Luego, la joven subió rápidamente por la escalera y Jim fue detrás, después de recibir la llave de manos del gordo.

Al llegar arriba la vio detenida ante la puerta número seis. Parecía un poco emocionada.

Jim abrió la puerta, en silencio, y los dos entraron en el cuarto.

Quizás Elmer lo había fregado, pero eso había sido bastantes días antes y la habitación estaba sucia.

Había un ventanillo que estaba abierto, por el que llegaba el aire y la luz del sol.

—Bueno, nos separamos —dijo Jim, rompiendo el silencio—. Aquí tienes diez dólares. Te sobrará para llegar hasta Pineville. Tu billete de la diligencia sólo cuesta cuatro y ya tienes pagada la habitación.

—Debo agradecerle su gesto, ¿verdad?

—No tiene ninguna obligación.

—¿Trata a todas las mujeres igual?

—Oye, no sé qué idea te habrás formado de mí.

—Muy mala.

—Escucha, Alúa, estamos metidos en un negocio en el que es muy fácil morir. Es por lo que me puse nervioso, pero debes admitir que tú tampoco me facilitaste las cosas.

—Está bien, no tenemos por qué seguir hablando.

—Deseo que vuelvas pronto a tu isla. Seguro que allí la vida es más fácil y mucho menos peligrosa…

—Quizá cuando llegue a Pineville ustedes estén todavía allí.

—No. En cuanto lleguemos allí, entregaremos la mercancía y nos marcharemos, y esta vez iremos por otro camino.

—Espero que tenga éxito en su viaje. —Hasta la vista.

Jim salió de la habitación y bajó la escalera. El abuelo había salido y el gordo estaba solo en el registro, comiendo su pastel.

—Elmer —dijo Jim—. No quiero que nadie la moleste.

—Bueno, si ella elige su hombre…

—Ella no buscará ninguno.

—Es una india y se irá buscando el dinero de alguna forma para llegar a algún sitio.

Jim alargó la mano y atrapó al gordo por la camisa. El pastel resbaló del plato y cayó en el suelo.

—Mire lo que ha hecho, señor Tudor.

—Escucha, gordo del infierno. Esa chica no es una india.

—Lo parece.

—Te he dicho que no lo es y tampoco viaja recogiendo dinero. Ya tiene el que necesita para llegar a Pineville.

—Comprendo, usted se lo dio, es su protegida.

El joven apretó los maxilares.

—Entre ella y yo no ha habido nada, pero son ciertas tus palabras. Es mi protegida. Por eso no quiero que le pase nada, ¿lo oyes bien? Te hago responsable. Si me entero de que algún hombre ha puesto su mano sobre ella, te juro que te degüello como a un cerdo.

—Sí, señor Tudor.

—Ya estás advertido.

Jim le empujó hacia la cortina y el gordo perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, pero logró apoyarse en la pared.

El joven no se entretuvo más y salió del hotel.

Entonces fue cuando oyó el tiroteo.

Miró el lugar de dónde procedía, el saloon Cindy.

Vio al abuelo abajo, en la acera de tablones y, un poco más allá, la galera. Pero en el pescante no estaba su compañero.

—¿Y Frank, Timothy?

—Entró en el saloon.

En aquel momento las puertas de vaivén se abrieron y un hombre salió lanzado, al tiempo que se oían más estampidos. El hombre arrojado dio varias vueltas y quedó inmóvil.

Jim lo reconoció al momento.

Era su socio, Frank Caster.

Capítulo IX

Los disparos habían cesado.

Jim corrió hacia donde estaba Frank y le dio la vuelta. Frank abrió un ojo.

—¿Tengo algún agujero, Jim?

—Ninguno a la vista. ¿Te duele algo?

—No.

—Entonces estás vivo. ¿Cuántos son?

—Cuatro. Y los bastardos se pusieron a disparar enseguida. Ni siquiera me dieron tiempo a despachar el vaso de *whisky*, ¡maldita sea!

—¿Qué estás haciendo ahí?

Frank se puso en pie levantando una ola de polvo. El abuelo se había acercado a la galera para atrapar su rifle de cañón corto. Jim lo detuvo.

—Suba al pescante, abuelo.

—¿Porqué?

—Si nos liquidan, usted llevará la mercancía a Pineville.

—Prefiero divertirme con ustedes.

—Le di una orden, Timothy.

El abuelo subió al pescante rezongando.

Entonces los dos amigos se pusieron a andar hacia el saloon Cindy.

Jim se puso delante de los batientes y miró dentro. Gracias a su altura pudo ver a todos los hombres que había en el local. Seis. Ninguno de ellos tenía el revólver en la mano.

Entonces pasó al interior seguido de su amigo.

—Son los cuatro que están en la mesa de dados despachando una botella de *whisky* —dijo éste.

Los cuatro tipos a los que se refería hicieron un gesto de extrañeza al verlo vivo.

Los dos amigos echaron a andar hacia ellos.

Los cuatro tipos no se movieron. Parecían clavados a las sillas.

—Ninguno de ellos es Luke Murray —dijo Frank por la comisura de la boca.

Se detuvieron ante la mesa.

—Hola, chicos —dijo Jim.

—¿Es usted Jim Tudor? —preguntó el tipo más viejo, de nariz chata.

—Sí, soy yo.

—Usted nos trajo una mercancía desde Costa City.

—¿Sí?

—Carey.

—Es cierto, la traigo en la galera.

El gordo sacó una mano del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—Ahí tiene lo que va a cobrar por su cargamento —apartó la mano y dejó ver una moneda.

—¿Un solo dólar? —inquirió extrañado éste.

—Están incluidos todos los impuestos.

—Compra demasiado barato, Nariz Chata.

—¿Sabe por cuánto vamos a venderlo…? Por trescientos dólares.

—¿Quién va a ser el comprador?

—Luke Murray.

—Ya suponía que era él el que había organizado esta comedia. ¿Cuánto les pagó por esta operación?

—Diez dólares por cabeza.

—Muy poco, si se quedan sin ella.

—¿Quién se ya a quedar sin ella?

—Ustedes, si no hacen lo que les digo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Levántense de las sillas y pónganse cara a la pared.

—¿Para qué?

—Les desarmaré, y de esa forma podrán continuar viviendo.

—¿Y qué va a hacer con nuestras armas?

—Me las llevaré como recuerdo.

—Usted está loco, completamente loco, Tudor. Oí hablar de usted y me dijeron que era un tipo con agallas…, pero me gustaría

comprobarlo.

—Es preferible que no pase por esa experiencia…

—Usted será lo que dicen valiente. Pero tiene un defecto: es demasiado fanfarrón. A la faena, chicos.

Los cuatro hombres pagados por Murray se movieron sincronizadamente.

Sacaron con velocidad meteórica.

Algunas sillas cayeron al suelo.

Jim y Frank retrocedieron un paso, pero ya estaban disparando.

Los cuatro fulanos iniciaron también, al mismo tiempo, una danza macabra. Pero no guardaron el mismo ritmo al desplomarse; unos lo hicieron antes y otros después, aunque todos llevaban una carga que les había dejado listos para ocupar la caja de pino.

Se hizo un silencio en el local que fue interrumpido por alguien que aplaudía.

Jim volvió la cabeza y vio en la puerta del saloon a Mike Shelton, el alguacil.

—Bravo, muchachos, hicisteis un buen trabajo. ¡Vean al resucitado y a su socio en una de sus magníficas actuaciones!

—Alguacil, hágame un favor… Búrlese de su abuela.

—¿Quién se burla?

—¿Hay alguna recompensa por la muerte de estos cuatro bribones…?

—Sí, el chato era Guy Silking. El sheriff del condado de Cumberland ofrece cien dólares por su captura.

—Escupa, entonces, el dinero.

—Lo siento, Jim, pero yo no te puedo pagar. Ya te lo he dicho, es cuestión del sheriff Cumberland. Tendrás que llevar el cadáver allí, a menos que prefieras que yo me ocupe de todo.

—¿Cuándo cobraré los cien dólares?

—Estas cosas son un poco lentas, puede pasar un mes o dos.

—De acuerdo, usted se ocupa de todo. Quédese con un diez por ciento por el trabajo que le van a dar los trámites.

—¿Qué te parece un veinte, si lo consigo en el plazo de un mes?

—Trato hecho. ¿Quiénes son los otros?

—Desconocidos, posiblemente Guy Silking los encontró en su camino… Tal vez den algo por ellos, pero costará trabajo identificarlos… ¿Hace un cincuenta por ciento?

—Alguacil, usted se hará rico en
Bam-Bam.

Mike Shelton hizo una mueca de tristeza.

—¿Cómo puede decir eso, Jim? Éste es un pueblo muy humilde… ¿No sabes cuál es mi paga? Yo te lo diré, cincuenta dólares al mes, y sólo veinticinco centavos por cada detenido…

—Sí, y por eso sus celdas están casi siempre vacías… Vamos, Frank, bebamos ese *whisky* y marchémonos cuanto antes.

Un mozo, de espeso bigote, les sirvió la bebida.

Los dos socios bebieron de una sola vez el *whisky* y Jim dejó sobre el mostrador una moneda de cincuenta centavos.

El viejo Timothy entró en el local con el rifle por delante.

—Baje el arma, abuelo, ya terminó todo. —Jim indicó al camarero que pusiese otro *whisky* para Timothy.

Después, éste dejó otra moneda y los tres amigos salieron a la calle.

—Voy a comprar un poco de tabaco —dijo Frank.

—Date prisa. Después de este jaleo, nos conviene continuar el viaje enseguida.

Éste asintió con la cabeza y se fue al almacén general.

Timothy tosió suavemente.

—Eh, Jim, quería hablarle de la muchacha. Alúa, ya sabes. ¿Por qué no la llevamos nosotros?

—¿Es que no tuvo bastante con lo que pasó? Nos quisieron aplastar como cucarachas en el Desfiladero del Ángel y ahora esos pistoleros estaban dispuestos a ensartarnos con plomo.

—Me preocupa el dejar a la chica sola en este poblacho… Sí, ya sé que la recomendó al alguacil y a ese gordo del hotel; pero, a pesar de eso, temo por su seguridad.

—No se preocupe, al gordo le leí ya la cartilla y en cuanto al alguacil, aunque es un sinvergüenza, me tiene afecto. Los dos se preocuparán de ella. Un día pasa enseguida y mañana la muchacha podrá largarse a Pineville, donde está ese primo suyo, Baltasar.

—Está bien, Jim, como quiera.

Frank regresó junto a ellos con una pastilla de tabaco. La había mordido y tenía el bocado en la boca, dándole vueltas.

—Eh, Jim, he pensado mucho en lo que está deduciendo. Nadie sabía el camino que íbamos a seguir… Y, sin embargo, nos estaban

esperando en el Desfiladero del Ángel. Lo de ahora ya no tiene importancia, pero fue en el paso donde se demostró que alguien nos delató. Yo no se lo dije a nadie, ni siquiera a Henry Loyd. ¿Fuiste tú?

—Sí, se lo dije a Henry Loyd. Quizás él informó a alguien más.

—Maldita sea, ¿por qué no han de tener la boca cerrada…? Esa gente cree que esto es un juego.

—Deja de protestar, ya no conduce a nada.

Subieron al carromato y poco después salían de la población de Bam-Bam,
tomando el camino de Pineville.

El gordo Elmer estaba despachando otro trozo de pastel. Ya habían transcurrido dos horas desde que se marcharon Jim Tudor y sus amigos.

Se abrió la puerta del local y entraron dos individuos, uno muy alto, con cara de facciones alargadas y una cicatriz en la mejilla derecha.

El gordo estuvo a punto de que se le cayese otra vez el paste. Había identificado al hombre de la cicatriz: era Luke Murray, un tipo al que conocía bien por su crueldad. Seis meses atrás estuvo allí y, porque no quiso decirle la habitación donde se encontraba alojada una viuda, Murray estuvo a punto de saltarle la tapa de los sesos.

—Hola, Elmer.

—¿Cómo está, señor Murray? —dijo el gordo, haciéndose mieles —. ¿Quiere una habitación…? Tengo la mejor disponible.

—No nos vamos a quedar aquí.

—Ya sé; viene a preguntarme si vino otra vez la viuda… No, señor Murray, sólo se quedó tres o cuatro días después de su visita. Para reponerse…, quiero decir que le gustaron los aires de
Bam-Bam.

—Deja ya de decir tonterías, Elmer.

—Sí, señor… ¿Quiere un poco de pastel…? Es de manzana, con mucho azúcar…, y también tengo limonada, aunque no esté muy fría…

—Quiero indígena al natural.

—¿Qué? ¿Cómo ha dicho?

Murray sacó el revólver y movió el brazo con mucha rapidez.

El cañón golpeó en la mandíbula de Elmer.

El gordo cayó sobre los cuartos traseros lanzando un grito.

—Levántate, Elmer —ordenó Luke.

El aludido se frotó el maxilar, donde había recibido el golpe. Su carne se estremecía porque estaba muy asustado.

—Señor Murray, ¿he dicho algún inconveniente?

—Jira Tudor estuvo aquí hace unas horas… Trajo con él una muchacha para alojarla…

—Sí, señor.

—Dime cuál es su habitación.

—Pero, señor Murray, el señor Tudor me hizo responsable de ella.

—¿De veras?

—Me dijo que me mataría si alguien ponía la mano sobre la chica… Que volvería por aquí y que cumpliría su promesa…

—Jim Tudor nunca cumplirá su promesa.

—Oh, sí; ya sabe usted que él la cumple siempre.

—No seas estúpido. Te he dicho que no. ¿Y sabes por qué? Porque no volverás a verlo vivo. Jamás volverá a pisar este inmundo hotel. ¿Dónde está esa indígena?

—Habitación seis —se apresuró a decir Elmer.

—Vamos, Pat.

Murray y su secuaz subieron por la escalera.

Luke no llamó a la puerta número seis. Puso la mano en el tirador e intentó abrir, pero estaba cerrada con llave por dentro.

—¿Quién es? —Oyó la voz de la joven.

—Abra, Alúa. Nos envía Jim Tudor. Ha de reunirse con él. Está decidido a llevarla a Pineville.

Luke oyó la llave que se introducía en la cerradura y la puerta se abrió.

Murray vio a la muchacha.

—¿Dónde me espera Jim? —preguntó ella, sonriendo.

Luke entró seguido de Pat y ella retrocedió, mientras en sus labios moría, poco a poco, la sonrisa.

Los ojos de Luke contemplaron admirativamente, de los pies a la cabeza, a la joven.

—Caramba, esto sí que es una sorpresa.

—¿Quién es usted?

—Eh, Pat, ¿estoy soñando?

—No, Luke. Es una mujer de carne y hueso.

—No seas estúpido. Esto no es una mujer… Es un ángel.

—Te la dejo para ti, Luke. A mí me gustan las mujeres demonios.

Alúa pegó una patadita en el suelo.

—Es una trampa… Jim Tudor no les envió aquí a por mí… ¿Quieren decirme de una vez qué quieren?

—Eres una gran mujer, muchacha, y Jim se mostró muy interesado por ti, como lo demostró al traerte aquí.

—El señor Tudor me hizo el favor de traerme a Bam-Bam y mañana marcharé a Pineville. Ahora, por favor, quiero que salgan de esta habitación.

—Nos iremos, y tú con nosotros.

—Pienso permanecer en el hotel hasta que mañana llegue la diligencia.

—No, nena, tus planes van a variar. Viajarás con nosotros…

—¿Adonde quieren llevarme?

—A Pineville, naturalmente. ¿No es allí adonde quieres ir?

—Sí, pero prefiero viajar sola a hacerlo en compañía.

—El viaje siempre es peligroso, uno nunca sabe las malas personas que puede encontrar en el camino… Nosotros te guardaremos bien, no te preocupes.

—Les agradezco mucho su oferta, pero me temo que tendrán que renunciar a mi compañía.

—Eres muy testaruda, pequeña, ¿o te falta un poco de comprensión? Vas a venir conmigo por las buenas o a la fuerza.

La joven no contestó.

—Pat, atrápala y, si se resiste, déjala sin conocimiento.

Éste echó a andar hacia ella, pero la joven gritó.

—Iré con usted.

Pat se echó a reír.

—La chica se rinde.

—Ya lo suponía —rió también Luke.

—¿Sabe que esto es un secuestro? —dijo Alúa, deteniéndose ante Luxe.

—Para ser una salvaje, sabes mucho de leyes.

—Sé muchas otras cosas; por ejemplo, que es usted un desalmado.

—Comprendo, Jim Tudor te habló de mí, de Luke Murray.

—Sí.

—Te falta conocer una cosa. Ése no volverá a ponerme como un pingajo ante otras personas, porque muy pronto estará muerto.

Bajaron por la escalera.

El gordo Elmer estaba en el registro, enjugándose el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿Adonde la lleva, Luke?

—No es cuenta tuya.

De pronto llegó una voz desde la puerta:

—Pero lo es mía.

—Eh, Pat, mira a quién tenemos aquí; al representante de la ley en persona.

Mike Shelton cerró la puerta tras de sí y se echó el sombrero sobre la nuca.

—Luke, no te puedes llevar a esa muchacha.

—¿Por qué no, señor Shelton?

—Jim la trajo aquí y la dejó a mi cargo.

—Caramba, Tudor eligió a mucha gente para que se ocupase de la muchacha. Primero fue Elmer y luego usted.

—Alúa, sube otra vez a tu habitación —indicó el alguacil.

—Ella se quedará donde está —repuso Murray con voz ronca.

—No le hagas caso —dijo Mike.

La joven dudó un instante, porque no sabía qué hacer.

Mike dio un suspiro.

—Luke, te repito que no puedes llevártela.

—Yo le demostraré todo lo contrario, que tengo derecho a salir con ella de aquí.

—¿Qué derecho es ése?

—Ella es propiedad de mi patrón Bernard Place.

—¿Propiedad?

—Sí, es una esclava de él.

—Me parece que vives muy retrasado, Luke. La esclavitud fue abolida en Estados Unidos, aunque hiciese falta una guerra para ello.

—Es usted quien lo está, alguacil. Es cierto que la esclavitud fue

abolida por la ley, pero se sigue practicando. Todavía existen esclavos en muchos estados. Además, los que luchamos por el Sur no nos dimos por vencidos, continuamos practicando nuestras costumbres…

—Sí, ahora recuerdo que Bernard Place vino del Sur. Alguien que pasó por aquí me dijo que Bernard había sido coronel con los confederados y que no se distinguió por su piedad durante la guerra.

—No podía tenerla, pero no nos apartemos del tema principal. Esta muchacha es una esclava de Bernard Place, la encontró en una isla y se la llevó con él.

—Esto es territorio de Estados Unidos y nuestro Gobierno no admite que un ser humano pueda ser propiedad de otro.

—Alguacil, no me aburra con su discurso político.

—Saldrás de aquí con Pat, pero ella se quedará.

—¿Es su última palabra, alguacil?

—Lo es.

—¡Qué pena! —dijo Luke, y desenfundó como, una centella.

Mike Shelton tiró también del revólver, pero Luke le había tomado mucha ventaja.

Shelton recibió el impacto en el centro del pecho y golpeó la espalda contra la pared.

Se quedó inmóvil, con las piernas ligeramente arqueadas.

El Colt cayó de su mano, golpeando en la raída alfombra del vestíbulo.

La muchacha lanzó un chillido, las manos en las mejillas, los ojos llenos de asombro.

—Alúa —dijo el alguacil con voz moribunda—. Díselo a Jim… Soy un canalla, pero no le fallé —se vino hacia delante y cayó muerto.

Alúa emitió un largo sollozo.

Luke la miró con ojos desprovistos de vida.

—Esto te enseñará a ser obediente.

—Usted es un criminal.

Luke sonrió, enseñando los blancos dientes.

—¿No lo viste, nena? Fue en defensa propia.

—El no iba a sacar el revólver.

—Claro que lo iba a sacar. Pero, de todas formas, eso me

importa un pimiento. Vámonos, Pat.

Tomó a la joven por el brazo.

Tuvieron que rodear el cadáver de Shelton para salir a la calle.

Al quedar solo, el gordo Elmer miró su pastel, hizo una mueca de tristeza y lo arrojó a la escupidera.

CAPÍTULO X

Spot Yellow era el último pueblo en que se detendrían antes de llegar a Pineville.

Desde que abandonaran
Bam-Bam
no había vuelto a encontrar forajidos. Eso había puesto muy optimista a Timothy.

El abuelo, había agotado el último trago de *whisky* el día anterior y, apenas vio a lo lejos las casas de *Spot* Yellow, se puso a dar gritos.

—Eh, Jim, antes que nada nos remojaremos.

—Sí, tomaremos un baño, que buena falta nos hace.

—No me refería a esa clase de humedad…

El pueblo de *Spot* Yellow era más importante que
Bam-Bam,
por ser centro de una región ganadera.

La calle principal estaba muy animada.

—Sólo pararemos dos horas —dijo Jim.

—¿Dos horas? —Gruñó Frank—. Eh, chico, no he visto a una mujer desde hace días, y recuérdalo, aquí está el palacio de Lulú Bell… ¿Te acuerdas de aquella pelirroja?

—Sí, la recuerdo. Se llama
Fru-Fru
y domina cuatro lenguas a la perfección. Pero tendremos que pasar sin ella. Nos daremos un baño, comeremos en el restaurante de la mexicana Patrocinio y luego a Pineville.

—Yo también renuncio al baño, como Timothy.

—Es cuenta vuestra, pero dentro de media hora quiero veros en el restaurante de Patrocinio…

—Eh, Timothy —repuso Frank—, te daré un consejo que valdrá tanto como los de tu abuelo… Nunca te asocies con un tipo con mal carácter.

Jim, que manejaba ahora las bridas del tronco, llevó a los animales al establo de Tuppy Johnson.

Pero antes de entrar, Timothy y Frank habían descendido.

Tuppy Johnson, un irlandés de casi dos metros de altura, tenía fama de ser uno de los hombres más honrados de la comarca. Su establo era respetado porque contaba con un servicio propio de vigilancia, los siete hijos de Tuppy, que manejaban bien el revólver.

Tuppy Johnson estrechó la mano de Tudor.

—Jim, celebro verte.

—¿Cómo estás, Tuppy?

—Perfectamente.

—¿Y los siete enanitos?

—Ahí tienes a tres de ellos.

Jim vio al fondo a tres de los hijos de Johnson. Eran tan altos como su padre. El más pequeño, Ben, estaba haciendo gimnasia a la izquierda porque sólo medía uno noventa y siete y quería crecer.

—Te dejo el carro. Dentro hay buena mercancía, Tuppy.

—Descuida. A propósito, vinieron por aquí dos tipos preguntando por ti la noche pasada.

—¿Quiénes eran?

—Nunca los había visto.

—¿Cómo era su aspecto?

—Bastante estropeado. No me gustaron, pero es corriente que pregunte por ti gente de esa clase. —Tuppy se echó a reír—. ¿Cuándo vas a dejar de buscarte complicaciones?

—Un día jugaré a la ruleta y, si me tocan veinticinco mil dólares, te daré satisfacción.

—Sigue mi oferta en pie.

Ésta se refería a que Jim trabajase con él en la custodia del género que allí se depositaba.

—Eres muy amable, Tuppy… Es posible que acepte algún día, cuando me dejen manco.

El hombretón lanzó otra risotada, mientras Jim salía a la calle.

Se fue al salón de baños del turco Ashraf.

Poco después estaba en una tinaja, frotándose la piel con una

pastilla de jabón y un estropajo.

En la sala había otras siete tinajas, tres de las cuales estaban ocupadas.

En un momento determinado, dos hombres entraron, encaminándose a la tinaja en que se encontraba Jim.

—¿Jim Tudor? —dijo el más alto.

—Sí, soy yo. ¿Fueron ustedes los que preguntaron por mí la noche pasada en el establo de Johnson?

—Correcto.

—¿Qué quieren, hermanos?

—Luke Murray está aquí, en *Spot* Yellow. Y quiere hablar con usted.

—Yo no quiero hablar con él. Bastará con que le den ustedes un mensaje. Díganle que me deje en paz, que no se cruce en mi camino o le pesará.

—Luke dice que está dispuesto a pactar con usted y que saldrá ganando con lo que estipule.

—¿Dónde está Luke?

—En el palacio de Lulú Bell.

Jim soltó una maldición para sus adentros, porque allí era donde Timothy y Frank irían a recalar, si es que no estaban ya en él.

—Está bien, hermanos, digan a Murray que iré por allí dentro de media hora. Primero tengo que comer.

—Sería mejor que dejase la comida para después. Seguro que despachará los platos más a gusto.

—Dentro de media hora —convino Jim.

Los dos hombres se miraron y, después de dirigirse una sonrisa, salieron del local.

Jim llamó al turco Ashraf y le pidió la ropa que éste se había encargado de cepillar.

Ya vestido, pagó el importe del baño y salió del establecimiento encaminándose al palacio de Lulú Bell.

Dio un suspiro de alivio al ver a sus dos amigos.

Timothy estaba en el mostrador, rodeado de cuatro viejos como él, a quienes contaba cómo se pescaba una tortuga.

Frank había preferido la compañía de la juventud. Dos muchachas, una rubia y una pelirroja, con muchas curvas y mucho relleno. A una la tenía sobre la rodilla izquierda y a la otra le hacía

cosquillas en una oreja. Hablaba indistintamente con una y otra.

—Eh, Jim, te reservé la pelirroja… ¿Te acuerdas? Es Fru-Fru.

La así llamada dio un salto y corrió hacia Tudor.

—Jim Tudor, mi rey… ¿Cómo estás, cariño…?

Éste se dejó besar en la boca, pero no se mostró muy entusiasmado por la acogida de ella.

—Oye, nena, me citaron aquí.

—¿Quién?

—Luke Murray.

—Le vi subir arriba, a los reservados.

—¿No sabes en cuál está?

Fru-Fru hizo una señal a un mozo al que habló al oído.

—Lo encontrarás en el número cinco —dijo, regresando junto a Jim.

Frank había dejado de hacer cosquillas a la rubia al oír el nombre de Murray en labios de su amigo.

—¿Qué vas a hacer, Jim?

—Ya lo has oído. Luke me mandó un emisario. Quiere pactar con nosotros.

—No me digas… Es una trampa.

Frank se levantó bruscamente y la rubia gritó porque le había pisado un pie.

—Eh, bruto, quita tu pezuña de encima.

—Perdona, rica —le dijo, y le pegó un pescozón en el cuello.

—Voy a ir arriba a ver a Luke —dijo Jim.

—Iré contigo.

—No; es mejor que te quedes.

—Oh, sí, quieres ser el héroe, un héroe muerto.

—Si eso llegase a ocurrir, sal de aquí con Timothy y ponte en camino hacia Pineville.

—¿No sería mejor que yo fuese contigo?

—Te he dicho que no —respondió y se dirigió hacia la escalera del fondo que conducía a los reservados.

Al llegar ante la puerta número cinco, llamó con los nudillos.

Le abrió uno de los dos hombres que ya conocía.

—Pase, señor Tudor, Luke le está esperando.

Jim entró en el reservado.

Murray estaba sentado ante una mesa. Su única compañía era aquellos dos tipos.

—¿Un trago, Jim? —invitó Murray.

—No, gracias.

Luke se sirvió un vaso.

—A su salud —dijo.

—Muy amable.

Murray bebió el contenido de su vaso y dejó éste en la mesa.

—Está consiguiendo lo que se había propuesto, Jim, llegar a Pineville con el carey.

—Lo lograré.

—Parece estar muy seguro.

—Sólo nos queda un día de viaje.

—En un día pueden pasar muchas cosas…

—Luke, a ti te paga Bernard Place para que no llegue a Pineville. Hablaste de un pacto que me convenía. ¿De qué se trata?

—Me vas a dar tu mercancía, Jim.

—Ya entiendo, quieres comprármela.

—Me darás las quinientas libras de carey y a cambio no vas recibir un centavo.

—Eres un estúpido. ¿Para eso me hiciste venir…? ¿Es que no me conoces?

Luke sonrió.

—Por esa mercancía, recibirás una mujer.

—Puedes quedarte con ella.

—La muchacha lo va a sentir mucho. Desgraciadamente, yo no le gusto a ella. En cambio, me he dado cuenta de que Alúa siente algo por ti.

Jim quedó inmóvil junto a la puerta.

—¿Alúa? —repitió.

—Sí, ¿ya la has olvidado…?

—¿Dónde está?

—Aquí.

—¿Qué le has hecho?

—Nada… todavía.

—Sabía que eras un canalla, Luke, pero me quedé corto. Eres el mayor hijo de perra que he conocido en mi vida.

—¿Lo veis, muchachos? —continuó sonriendo éste—. Os dije que soy un conocedor de las debilidades humanas…

—Luke, quiero advertirte algo. Ella no es nada mío. La conocí hace unos días. No es mi mujer, ni mi novia, ni mi prometida…

—Oh, sí, ya lo sé. Alúa es sólo una joven que se cruzó en tu camino y a la que echaste una mano. Mi patrón la raptó de una isla, pero la joven se escapó al llegar a Costa City.

—No la mezcles a ella en esto.

—Muy bien, se queda aparte. Jim, te deseo un buen viaje hasta Pineville.

Jim tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para contener la ira que le llenaba el pecho.

Caminó otra vez hacia la mesa.

—Las quinientas libras de carey por Alúa, ¿eh, Luke?

—Sí; ése es el trato.

—De acuerdo.

Luke miró a los ojos de Jim y se echó a reír.

—Eh, chicos, mírenlo… Aquí tenemos a un integracionista. Se enamoró de una mestiza…

Jim disparó el puño contra la cara de Murray, el cual salió saltando de la silla.

Los otros dos hombres desenfundaron el revólver.

Tudor llevó la mano al Colt, pero ya era demasiado tarde.

—Cuidado, chicos —dijo Luke desde el suelo—. No lo matéis aún.

Escupió un cuajo de sangre y se levantó.

—Luke —le dijo—. Si tus hombres me matan, no hay pacto. En cuanto suene un disparo, mis dos compañeros saldrán del palacio y arrearán hacia Pineville.

—Podía matarte a ti y luego ir tras ellos, pero ¿para qué preocuparse más, si se puede arreglar ahora? Tendrás a tu mestiza y yo tendré el carey… Hay muchos días por delante. Te mataré, Jim, no te quepa la menor duda.

—No hablemos más, Luke. Haremos el cambio en el establo de Tuppy Johnson.

—No; muchacho, allí no.

—¿Porqué?

—No me interesa. Tuppy es tu amigo y te podría ayudar con sus

siete hijos gigantones.

—¿Dónde?

—Al final de la calle.

—¿Junto a la oficina del *sheriff*?

—No seas iluso. Justo en el extremo opuesto, al norte. Llevarás el carro allí dentro de media hora.

—Y tú irás con Alúa.

—Claro que llevaré a la chica, pero la operación se hará de la siguiente forma: tú y tus amigos saltaréis del carro y uno de mis hombres subirá al pescante y se llevará el vehículo. Yo me apartaré de la chica y te la dejaré en la acera de tablones. Será mejor que nadie intente sacar el revólver, o ella no lo contará.

—Descuida, jugaremos limpio.

—Eso espero, Jim. Por tu bien y por el de la muchacha.

Jim dio una cabezada afirmativa y salió del reservado.

Encontró a Frank al pie de la escalera. La rubia le estaba acariciando los rizos del cogote, pero él le hacía muy poco caso.

Dio un suspiro de alivio al ver a Tudor.

—Jim, he pasado un infierno, ha faltado poco para que subiese con el revólver en la mano y me pusiese a pegar tiros.

—Salgamos de aquí. Llama a Timothy.

Frank obedeció, y muy poco después los tres amigos se reunían fuera.

La galera con la carga de las quinientas libras de carey estaba llegando al final de la calle.

Jim iba al pescante del carro.

Sus dos amigos, Timothy y Frank, caminaban por la acera.

La última casa de la calle estaba pintada de verde y, al decir de la gente, en ella vivía una amiga íntima del alcalde, que se había traído de Chicago.

Pero todavía no había nadie allí.

De pronto, Jim los vio aparecer.

Murray y los otros dos hombres traían consigo a Alúa. Luke la tenía sujeta por el brazo.

Miró el rostro de la joven, su cuello, esperando ver una marca…

No, no parecía tener ninguna.

Luego le miró los ojos. Los vio brillantes.

Tiró de las bridas y bajó del pescante.

—Jim —dijo ella—. ¿Por qué ha aceptado las condiciones que le impuso Luke…?

—Es mejor así.

—Va a defraudar a los hombres que confiaron en usted.

—Cállate, muchacha.

Luke Murray se echó a reír.

—Qué duro es el cumplimiento del deber, ¿eh, Jim?

—Déjate de historias, Luke, y terminemos de una vez.

—Debes de querer mucho a la chica para vender a tus amigos…

—Cierra el pico, maldita sea.

—No te excites, muchacho. Todavía no ha llegado el momento en que tú y yo nos veamos las caras.

—Date prisa, Luke.

—Marwin —ordenó Murray—. Sube al pescante y ya sabes adonde debes llevar el carro.

—Sí, jefe.

Marwin, el más alto de los otros dos hombres, subió al pescante, quitó el freno, movió las bridas y el carro se puso en marca.

La galera dio la vuelta por la casa verde, regresando por la parte de atrás al pueblo.

—La chica, Luke —dijo Jim—. Déjala ya.

Murray soltó a la joven y ésta echó a andar hacia Jim.

Alúa alzó, por casualidad, los ojos y vio en la casa de enfrente, en una ventana, a un hombre que se echaba un rifle a la cara.

—¡Cuidado, Jim! ¡Detrás de ti!

Corrió para apartarlo.

El hombre del rifle hizo un disparo.

CAPÍTULO XI

Jim se derrumbó en el polvo, pero no había sido alcanzado por la bala del rifle, porque Alúa, en el último momento, le había golpeado con el hombro.

Desde el suelo, éste sacó como una centella e hizo un disparo contra el hombre de la ventana, el cual lanzó un aullido de dolor y se desplomó, desde lo alto, como un fardo.

Todo estaba sucediendo muy aprisa.

Frank y Timothy sacaron los revólveres.

Luke lo había sacado también y se puso a disparar, mientras se dirigía hacia el callejón.

El otro sicario a sus órdenes fue alcanzado por una bala enviada por Frank y cayó hacia atrás, levantando una ola de polvo.

Luke desapareció por la esquina.

Jim vio a Alúa inmóvil en el suelo y se acercó a ella. Enfundó el revólver y la tomó por los brazos.

—Alúa…

El corazón le golpeaba contra las costillas pensando que ella hubiese muerto por salvarle la vida, pero no tenía ninguna herida a la vista.

Ahora la joven empezó a volver en sí.

—Jim… —Fue lo primero que dijo.

Frank y Timothy ya habían llegado junto a su amigo.

—Timothy —dijo éste—. Encárgate de Alúa, Frank y yo nos ocuparemos de esos tipos.

Echaron a correr por el callejón que Murray había elegido para huir.

Vieron la galera a unas cincuenta yardas. Luke estaba a punto de saltar al caballo.

Jim hizo un disparo.

Murray se dejó caer al suelo, pasó por debajo del caballo ˆse # refugio en un establo.

El hombre que conducía la galera se levantó en el pescante con el revólver en la mano.

Frank lo tumbó de un balazo.

—Cuida de la mercancía, Frank —sugirió Jim—. Luke es cuenta mía.

No se detuvo al llegar al establo. Se arrojó por el hueco.

Se produjeron dos estampidos, pero las balas no le alcanzaron a Jim.

Murray estaba al fondo del establo, en una zona donde reinaba la oscuridad.

—Jim, creí que Louis te había matado. ¿Cómo pudo fallar ese estúpido…?

—Achácalo a mi buena estrella… Es la tercera vez que me dan por muerto.

—Creí que sólo era la segunda. Oí decir que la primera fue cuando lo de Kenneth Jones.

—Ésa era, en realidad, la segunda.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—Me dieron por muerto poco después de nacer.

—¿Es un chiste?

—No, una historia verdadera… El doctor que ayudó a mi madre a traerme al mundo, apenas me tuvo entre sus manos dijo que yo estaba muerto. Mi madre se puso a llorar.

—¡Qué drama…!

—Entonces mi padre me cogió entre sus brazos, me puso sobre una mesa y se puso a echarme el aliento en la boca y en la nariz. El doctor le dijo que lo dejase, que no podía devolverme la vida. Pero mi padre continuó haciéndolo. Quería transmitirme su vida… Estoy seguro de que él hubiese deseado morir para que yo siguiese viviendo. Y, al fin, comencé a respirar…

—Ya has dejado de hacerlo —dijo Luke, y se dejó ver en la zona iluminada.

El revólver crepitó en su mano, mandando balas hacia el lugar donde había visto a Jim, pero el joven ya no estaba allí, porque rodó vertiginosamente. Se detuvo de bruces en la paja y apretó el

gatillo.

Luke Murray recibió el proyectil en la nariz. Su cabeza se fue hacia atrás y luego todo el se desplomó. Movió un ñoco las piernas y finalmente, quedó inmóvil.

—Querido… —dijo Eva Lee—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—¿Por qué va a ser? Por culpa de ese Jim Tudor. Todavía no he recibido noticias de Luke.

—No te preocupes, Jim debe de estar muerto a estas horas.

Place sonrió.

—¿Tú lo crees, Eva?

—Estoy completamente convencida.

—Nena, si eso es cierto, cuenta con un viaje a San Francisco.

—Oh, Bernard, qué maravilloso…

—Sí, y eso también quiere decir que ya has dejado de ser secretaria de Gordon Yate.

—Perrito mío —dijo Evay, pasándole los brazos por el cuello, lo besó en la boca.

—Vamos a hacer el gran negocio, nena. Hasta ahora gané dinero, pero eso fue solo el comienzo.

—¿Cuáles son tus planes?

—En primer lugar, voy a acabar con esa comisión de vigilantes.

—¿Cuándo?

—Estoy esperando las noticias de Murray para dar la orden. Mataremos a un par de docenas y todo quedará como una seda. Naturalmente, luego quitaré de en medio a los más peligrosos de mis competidores Henry Loyd y tipos como el, y me quedaré con sus pequeñas factorías.

—Cariño, qué nombre más bonito se me ocurre… Voy a ser la reina de la tortuga.

Bernard se echó a reír.

—No está mal, pero hay uno más bonito todavía. La reina del carey.

—Oh, Bernard, ¡qué inteligente eres…! Si yo soy la reina, tú serás el rey del carey…

En aquel momento se oyó una voz en el fondo de la estancia, como un eco.

—El rey de los marranos.

Bernard dio un respingo.

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo.

Eva estaba sentada en las rodillas de Place y cayó al suelo cuando él se levantó.

Bernard Place no quiso dar crédito a sus ojos. Allá, al fondo, estaba el viejo Timothy Chuggs.

—Eh, Eva, mira quién está ahí —lanzó una carcajada—. El abuelete que juega al escondite con mis hombres…

La joven se levantó frotándose la cadera donde se había golpeado al caer.

—¿Qué hace ahí ese espantapájaros? ¿Cómo llegó a esta habitación?

—Eso. ¿Cómo llegaste?

—Usted mismo se ha dado la respuesta, señor Marrano. Estuve jugando al escondite con sus hombres. La razón es muy simple. Yo era dueño de ésta factoría y usted me sacó de aquí a la fuerza. Conozco todos sus recovecos. Y, por añadidura, hice algunos pasadizos para facilitar mi juego —señaló la chimenea—. Uno de los subterráneos comunica con ese agujero. Sólo tuve que quitar unas cuantas piedras con un poco de cuidado.

—Eh, nena, nos faltaba este payaso para que la jornada fuese completa. Seguro que nos hace pasar un buen rato.

—Bernard —exclamó, de pronto, Eva—. Timothy se fue en la galera que transportaba el carey.

—Es cierto. Caramba, Timothy, ¿cómo estás aquí?

—Ya regresé, señor Place, y lo hice solo… ¿Y sabe por qué…? Por sus canalladas. Luke Murray y sus hombres mataron a mi mejor amigo, al hombre que quería hacer justicia, a Jim Tudor.

Bernard rió con más fuerza.

—¿Has oído eso…? ¡Ya está liquidado…! Muerto. Ahora seremos grandes… Sí, nena, empieza mi reinado.

—El reinado de un puerco —dijo Timothy.

—Cretino —dijo Bernard—. No me irrites más o te mataré aquí mismo.

De pronto llegó una voz desde la chimenea:

—¿Hay un trago para un muerto?

Eva lanzó un chillido y Bernard Place se quedó tan inmóvil como una estatua. Los ojos de ambos se desorbitaron, fijos en la

figura de Jim Tudor.

—¡Un fantasma! —gritó Eva, y corrió a refugiarse en los brazos de Bernard Place, pero éste la retiró de sí.

—Nena, cálmate.

—Pero ¿es que no lo ves? Es Jim Tudor.

—Claro que lo veo, es Jim, pero no está muerto.

—Se ha nitrado por las paredes…

—También lo hizo Timothy, y sabemos que está tan vivo como nosotros. El viejo nos engañó y la presencia de Jim Tudor aquí sólo quiere decir una cosa: Murray falló otra vez.

Jim esbozó una sonrisa.

—Es Luke el que está muerto, lo mismo que todos los hombres que lanzó sobre mí en el camino a Pineville.

—Usted es grande, Jim. Se ha ganado a pulso el puesto de Murray… Ya lo tiene, muchacho, y también va a contar con mis respetos… Hombres como usted son los que hacen los imperios… Usted y yo, juntos, seremos invencibles.

Jim se echó a reír.

—Todos los poderosos están dispuestos a ceder un trozo del pastel cuando corren el peligro de quedarse sin nada. Ése es su sentido de la justicia. Pero le va a fallar esta vez.

—Sea sensato, muchacho.

—Lo voy a ser, y por eso pagará todo lo que ha hecho.

Bernard Place inspiró aire a sus pulmones. Ya estaba más tranquilo.

—Me lo voy a cargar, Jim, de modo que será mejor que tome mi partido.

—No.

—Usted será bueno con el revólver, pero no tanto como yo.

—Es posible, pero podemos verlo enseguida.

Bernard tenía al lado a Eva. La tomó por la cintura con la mano izquierda y la atrajo hacia sí para servirse de ella como escudo.

Jim comprendió lo que aquel bastardo quería. Cuando él, Tudor, disparase, sus balas se enterrarían en el hermoso cuerpo de la joven.

Saltó a un lado y se dobló en el aire.

Bernard ya había puesto delante de sí a Eva, pero Jim pudo ver un trozo del costado de su enemigo. Fue allí donde pudo enterrar dos balas, justo en el riñón.

Bernard también se puso a disparar.

Eva, que también se había dado cuenta de la maniobra de Place y lo que éste quería de ella, se movió en el último momento y fue la bella joven la que recibió los dos plomos que escupió el revólver de Place; uno en la espalda, el otro en las nalgas.

Bemard se desplomó dejando caer el revólver en el suelo.

La joven quedó de bruces, respiró unos segundos y luego quedó inmóvil.

Bernard Place alzó la cara. En sus ojos ya se reflejaba el miedo a la muerte.

—Jim, ¿por qué no me dejó en paz…? ¿Por qué?

Luego expiró.

Timothy asomóse a la ventana y miró fuera.

—Eh, Jim —dijo al joven que se estaba levantando. El cuerpo de vigilantes ha entrado en la factoría. Los hombres de Bernard se están rindiendo con Warren a la cabeza.

—Recuperarás tu factoría, abuelo.

—Y sólo ha sido posible gracias a vosotros… Creo que los pescadores de tortugas de Costa City van a tener un motivo muy grande para acordarse de Jim Tudor y Frank Caster. Muchachos, os ofrezco un tercio, a cada uno, de mi negocio. Yo soy viejo y necesito un par de tipos como vosotros, jóvenes, decididos… Llegaremos adonde sea, y cuando yo muera, esto será de los dos. Creo que nadie tiene mayor derecho.

Frank Caster entró diciendo:

—Se acepta la oferta, ¿verdad, Jim?

Éste sacudió la cabeza.

—¿Hay algún barco preparado para la pesca de la tortuga, abuelo?

—Seguro, hay uno que está para hacerse a la mar.

—Ahora mismo salgo en él.

—Eh, creí que eras hombre de tierra adentro.

—Está vez seré pescador de tortugas.

—Y yo apuesto a que sé dónde vas a pescarlas. A cierta isla llamada Santa Magdalena, donde hay una princesa muy hermosa, y que de vez en cuando tiene un genio de mil diablas.

Jim Tudor, el hombre cuyo truco favorito era morir, sonrió. Hizo un saludo con la mano y salió de la habitación.

Fin